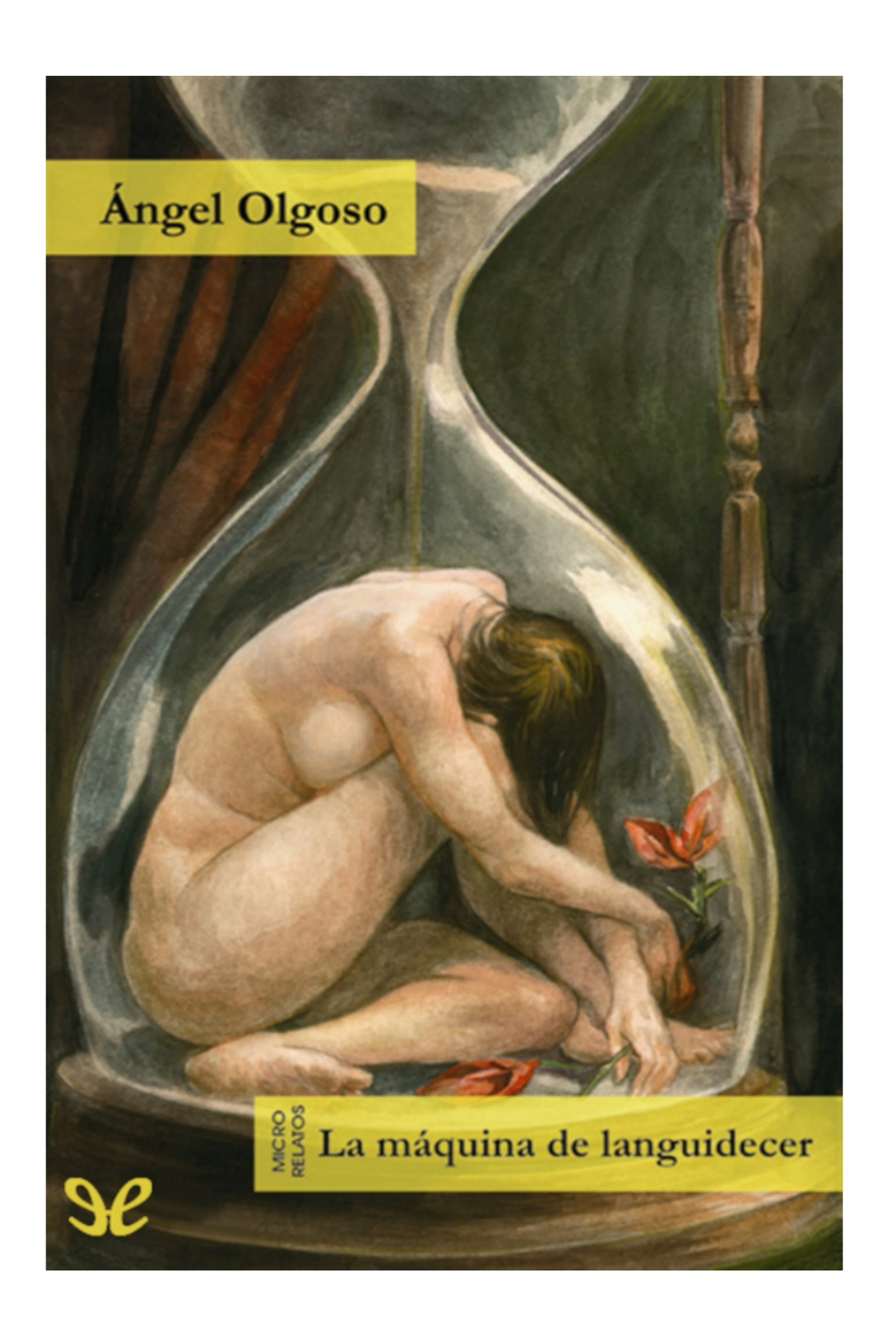

Ángel Olgoso
MICRO RELATOS
La máquina de languidecer

Los cien microrrelatos de este libro lúdico e inquietante, milimétrico y adictivo, diverso y embrionario, son orbes en miniatura, textos que en unas pocas líneas pueden transmutarse en delicadas esencias o en bebedizos letales, piezas repujadas por un exquisito orfebre desde el corazón de la extrañeza, ficciones concentradas e intensas sobre lo poco común, sobre los melancólicos misterios del cuerpo humano, sobre los enigmas de la vida y la magia oscura del tiempo, historias de contenidos expectantes y vertiginosos, medidos asaltos hechos con limpieza y brío, muestras de una sorprendente versatilidad, de una imaginación sin trabas donde conviven lo hermoso y lo terrible, el sueño y la pesadilla, la sugestión y el portento. Las cien breves singladuras de este viaje fantástico le impedirán una aceptación sumisa de la realidad. No las recorra todas seguidas. Si puede.

Ángel Olgoso

La máquina de languidecer

ePub r1.0
Titivillus 01.02.2025

Título original: *La máquina de languidecer*
Ángel Olgoso, 2009
Prólogo: Fernando Valls, 2009
Ilustración de cubierta: Santiago Caruso, *Somos Tiempo*, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Lo microfantástico en Ángel Olgoso

Este libro no necesita prólogo, la literatura que contiene vale por sí misma, sin más aclaraciones ni encomios, como ustedes verán pronto o habrán observado ya, si es que decidieron, con buen criterio, saltarse el prefacio e irse directamente al texto. Los libros nuevos, aquellos que no son antologías ni recopilaciones, deberían poder abrirse paso por sí solos. Un prólogo nunca los mejora, sea de quien sea y diga lo que diga; tampoco éste, por descontado. Pero, ya metidos en harina y puestos a distinguir y matizar, me parece que existen —básicamente— dos tipos de prólogo: el del filólogo e historiador de la literatura y el del mero lector, sea este último escritor, crítico literario o un sujeto particular. Así las cosas, es bien sabido que, en esta desdichada posmodernidad en la que tanto cantamañanas consigue pescar, ninguna especie se presenta en estado puro, ni siquiera la de los prólogos, como tampoco los diversos tipos de lectores. Por último, ninguno de ellos, escritores incluidos, lleva incorporado de fábrica al lector lúcido. De acuerdo con lo expuesto, el presente prólogo, debido a la propia naturaleza de esta *máquina de languidecer*, corresponde al del lector, aun cuando se halle escrito por un apasionado estudioso y voraz frecuentador de la materia. Cabe considerar, asimismo, que se trata de un conjunto de microrrelatos, un género nuevo y tan controvertido que, a menudo, ni los editores, ni siquiera los mismos autores, saben con qué carta quedarse.

Sería inútil tachar a Ángel Olgoso, a estas alturas, de escritor joven, o nuevo, aun cuando su nombre y su obra bien puedan serlo para la mayoría de los lectores, y hasta de los críticos. Olgoso empezó a escribir microrrelatos en 1978, hace más de treinta años,

de ahí que en siete de sus libros aparezcan recogidas algunas piezas de este género, desde que en el más antiguo, *Los días subterráneos* (1991), se publicaran nada menos que diecinueve. Pero, además, dos de estos volúmenes se hallan dedicados por entero al microrrelato: *Cuentos de otro mundo* (1999), que obtuvo el Premio Caja España, y el reciente *Astrolabio* (2007). Como decimos, no es precisamente un recién llegado a esta distancia.

Quienes hemos seguido sus pacientes exploraciones en las formas narrativas breves, tanto en el cuento como en el microrrelato, sabemos que Olgoso no ha hecho otra cosa que cultivar la exigencia y perseguir tenazmente la perfección a que suele conducir siempre la excelencia literaria, partiendo de la familiaridad con la tradición y de la búsqueda de la palabra exacta. Si nos atenemos a las fechas, es necesario recordar que, tras los pioneros libros de Ana María Matute, Max Aub, Ignacio Aldecoa y Antonio Fernández Molina, entre finales de los ochenta y principios de los noventa se publican textos narrativos brevísimos de Javier Tomeo, Gustavo Martín Garzo, Juan José Millás, Luis Mateo Díez, Rafael Pérez Estrada, José Jiménez Lozano y Julia Otxoa. Y no hay que olvidar que por esas mismas fechas aparece en España la primera antología dedicada al género: la de Antonio Fernández Ferrer, *Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas* (1990). Aquel que desee obtener más detalles al respecto, y no tenga nada mejor que hacer, puede echarle un vistazo a mi libro *Soplando vidrio y otros estudios sobre el microrrelato español* (2008), publicado en esta misma casa editorial.

Así, en la «Poética» que escribiera Olgoso para la antología *Ciempiés. Los microrrelatos de Quimera* (Montesinos, Barcelona, 2005. Edición de Neus Rotger y Fernando Valls) el autor clarifica su pensamiento cuando afirma: «Prefiero las miniaturas a los grandes frescos, las ascuas a las hogueras, los elixires a las barricas, los dardos a los cañones, los orgasmos a los idilios, las excepciones a lo que le ocurre todos los días a todo el mundo, los corceles de la imaginación a los ratones de la trivialidad, la nutritiva leche de los sueños a la áspera hogaza de la vida ordinaria, los exquisitos y medidos bocados de los dioses a la indigesta carroña para las fieras, lo extraño a lo archisabido, lo insólito a lo cotidiano, las luciérnagas

a las supernovas, los artefactos, los veleros encerrados en una botellita, las pulidas piedras de playa, las milimetradas rosas del desierto, los orbes diminutos». Y en una conversación reciente con Luis García en la web literaturas.com, confiesa lo siguiente: «me fascina el relato como miniatura, como mecanismo de precisión […], como armazón geométrico que esconde imágenes fulgurantes; me apasiona esa maravilla de lograr algo en lo que no sobra ni falta nada, esa contención del lenguaje que requiere lo breve, esa tensión narrativa, el vértigo de su historia, de su composición o de su sentido último, esa autonomía radical, en definitiva».

Pero, además, Olgoso es uno de nuestros más lúcidos frecuentadores de lo fantástico, del extrañamiento que produce dicha estética, cuyos motivos conoce y desarrolla con pericia. Pues, como él mismo ha recordado, en la citada conversación, por medio de lo fantástico —cito casi literalmente— se amplía el foco, al permitir que nos acerquemos a las cosas de otra manera, con mayor complejidad, desde perspectivas insólitas, a fin de poder rastrear los rincones de la mente, de la materia, de las probabilidades, como un eficaz sistema de alejamiento de los lugares comunes y un plan de iluminación retrospectivo.

Si les parece, vamos a centrarnos, en adelante, en el análisis de nuestro libro. Lo cierto es que esta *máquina de languidecer* anda perfectamente engrasada, aun cuando en su gestación no surgiera como un conjunto unitario. Y, aun así, entre sus diversas composiciones puede apreciarse una hilazón algo menos obvia, un tanto más secreta, que pasa por el estilo, el tono, la atmósfera —a veces asfixiante— y la variedad de motivos de lo fantástico. El libro da comienzo con «Empirismo» y «El proyecto», arranca con el génesis, el mundo plegándose y desplegándose; para concluir con «Subir abajo», narración en la que el niño que sube la escalera, acaba bajándola convertido en anciano.

Dentro del orden de los textos, cabe distinguir una cierta alternancia entre las narraciones de tono reflexivo sobre la vida, y aquellas otras piezas culturalistas, junto con una gran variedad de materias, procedimientos y recursos retóricos, que dosifica con maestría: así, por ejemplo, la intriga («La caja de los truenos»); la ironía y el humor («Tesoros» y «Juicio»), de lo que sería un buen ejemplo el homenaje a los adverbios en «—mente» («Un *mélange*

mitológico»); pero también las transformaciones («Océanos de ceniza»); la intranquilidad que genera la constatación de ciertas realidades; o determinadas relecturas de la historia y de los clásicos («Ulises» y «Cerco a la Bella Durmiente»); sin olvidar el recurso a la alteración del tiempo («La larga digestión del dragón de Komodo» y «Los dientes del tiempo»); el tratamiento —digamos— fabulístico del género humano visto por los animales («Naufragio» y «El demonio de Bengala») o por la naturaleza («La melancolía de los gigantes»); la superación de los umbrales («La larga digestión del dragón de Komodo»); de las fronteras entre realidad y ficción («Claroscuros»), o el incómodo paso de la realidad al sueño («El emperador ermitaño»); y, claro, numerosas variaciones en torno a motivos diversos de la literatura universal («Persistencia» y «Puerta de la multitud de maravillas», «Doxografía», «La condena» y «Caballería volante») o su querencia por lo macabro («*Il giardino segreto*»). Varias de estas narraciones que acabamos de citar, en buena lógica, comparten más de una peculiaridad.

El lector atento apreciará enseguida que Olgoso emplea una lengua rica, matizada, con el fin de conseguir la máxima expresividad con las mínimas palabras, según exigencia del género. Los títulos de sus narraciones resultan, en general, breves, concretos, al tiempo que nos facilitan la clave de interpretación del texto («La derrota»), o resultan irónicos, como ocurre en «Un día de campo». Tampoco renuncia al efecto de provocar la sorpresa final, ni a la reflexión metaliteraria, o a los motivos de lo fantástico («Los rivales» y «Escenas de burdel»), en particular para criticar la corrupción actual («El lobo viejo de las desgracias»), y en otros casos para aclarar algún enigma («Amanecer para los ciegos nocturnos»). O para clausurar la pieza con la agudeza de una greguería: «… los dientes, esos huesos desnudos», como puede leerse en «Los ojos». Su escritura no es nunca funcional, sino que a menudo se complace en la peculiar cadencia del poema en prosa (ello ocurre en «Bramador de viento» y «Umbrales»), no en vano su único libro de poemas, *Izumi* (1992), está formado por haikus. Tanto es así que, si realizásemos el modesto experimento consistente en tomar las seis frases que componen la peculiar «Conjugación» para trasponerlas en verso, obtendríamos —claro— un poema. Ángel Olgoso dispone, en suma, de una voz y de un

mundo propio dentro de la tradición literaria, que resulta tan fecundo como plural.

A lo largo de su dilatada existencia, el maestro Juan Perucho se preguntó una y otra vez, incansable, qué había más allá de las cosas. A ésta y a otras cuestiones semejantes intentan dar respuesta las narraciones de Ángel Olgoso, quien indaga siempre por el envés de lo aparente, de lo obvio. A buen seguro, microrrelatos como «Las moscas» o «Nudos» le habrían hecho dar saltitos de alegría a Perucho, rebosante de entusiasmo, en el sillón orejero en el que solía leer, en su casa barcelonesa de la calle de la República Argentina. Basta recorrer con un poco de atención las citas iniciales de nuestro libro, su posible gradación, para percibir que en ellas se halla condensada, en germen, toda la materia narrativa del libro; con temas tales como la identidad, la conciencia del propio cuerpo (el cuerpo máquina), de qué estamos compuestos y qué somos, o el dolor y la muerte.

Si usted, paciente lector, desea calibrar en qué forma anda hoy el microrrelato español en castellano, o necesita acaso tomarle el pulso, tendrá necesariamente que leer este libro. Quizás aporte, hoy por hoy, la medida del género, la indiscutible entidad que es capaz de alcanzar. Para los escépticos, e incluso para todos aquellos que opinan con desparpajo sin apenas conocer la materia, puede llegar a resultar una buena muestra de su salud. A los lectores con paladar no les costará lo más mínimo apreciar estas narraciones. No en vano, los microrrelatos de Ángel Olgoso, confeso admirador de Kafka y Alfred Kubin, atesoran todo aquello que un lector exigente debería esperar: bellas historias inquietantes capaces de entretener y de conmover por igual.

FERNANDO VALLS

Cada vez que pienso que hay un insecto en el techo, por ejemplo, o que tengo ojos y veo, o que hay hombres y ganado y casas y resulta que tengo dos manos, me siento intranquilo.

XOSÉ LUÍS MÉNDEZ FERRÍN

Solamente a Dios se le ocurre hacer una máquina de carne, sangre, grasa y huesos.

JORGE LUIS BORGES

Si todas las materias fueran transparentes, el suelo que nos sostiene, la envoltura que ciñe nuestros cuerpos, todo parecería no un aletear de velos impalpables, sino un averno de trituraciones e ingestiones.

ITALO CALVINO

El hombre no es más que un puñado de polvo, y la vida, una violenta tempestad.

«BELWO» SOMALÍ

La herida ofendía a la vista y me asombraba pensar cómo sobrevivimos a nuestros venenos internos.

WILLIAM KENNEDY

No sé quién soy, pero sufro cuando me deforman.

WITOLD GOMBROVICZ

Cada día, sin excepción, uno debe considerarse muerto.

HAGAKURE

EMPIRISMO

CUANDO CIERRO LOS OJOS, EL MUNDO DESAPARECE. Cuando los abro, el mundo corre a recomponerse casi instantáneamente. A veces, durante el período infinitesimal de esa transición —no es más que una fugaz percepción—, creo sorprenderlo ultimando su tarea, los contornos de las cosas difuminados, ciertos crujidos, algún chispazo a destiempo, un acomodarse de las distancias, la luz del día que aún no posee su sabor pleno, mis hijos demorándose apenas una milésima en desplegar sus formas habituales, el pelaje del gato parece desdibujado y sus bigotes no existen todavía, descuidos, hilachas de un tapiz evasivo, disgregador, hasta que todo irrumpe de nuevo y se reintegra velozmente al orden, hasta que todo recobra su textura, su volumen y su nombre y este mundo plegadizo vuelve, una vez más, a ser perpetuamente engendrado e inhumado.

El proyecto

A Manuel Zafra

El niño se inclinó sobre su proyecto escolar, una pequeña bola de arcilla que había modelado cuidadosamente. Encerrado en su habitación durante días, la sometió al calor, rodeándola de móviles luminarias, le aplicó descargas eléctricas, separó la materia sólida de la líquida, hizo llover sobre ella esporas sementíferas y la envolvió en una gasa verdemar de humedad. El niño, con orgullo de artífice, contempló a un mismo tiempo la perfección del conjunto y la armonía de cada uno de sus pormenores, las innumerables especies, los distintos frutos, la frescura de las frondas y la tibieza de los manglares, el oro y el viento, los corales y los truenos, los efímeros juegos de luz y sombra, la conjunción de sonidos, colores y aromas que aleteaban sobre la superficie de la bola de arcilla. Contra toda lógica, procesos azarosos comenzaron por escindir átomos imprevistos y el hálito de la vida, desbocado, se extendió desmesuradamente. Primero fue un prurito irregular, luego una llaga, después un manchón denso y repulsivo sobre los carpelos de tierra. El hormigueo de seres vivientes bullía como el torrente sanguíneo de un embrión, hedía como la secreción de una pústula que nadie consigue cerrar. Se multiplicaron la confusión y el ruido, y diminutas columnas de humo se elevaban desde su corteza. Todo era demasiado prolijo y sin sentido. Al niño le había llevado seis días crear aquel mundo y ahora, una vez más en este curso, se exponía al descrédito ante su Maestro y sus Compañeros. Y vio que esto no era bueno. Decidió entonces aplastarlo entre las manos, haciéndolo desaparecer con manifiesto desprecio en el vacío del

cosmos: descansaría el séptimo día y comenzaría de nuevo.

Ulises

A José Vicente Pascual

Yo, el paciente y sagaz Ulises, famoso por su lanza, urdidor de engaños, nunca abandoné Troya. Por nada del mundo hubiese regresado a Ítaca. Mis hombres hicieron causa común y ayudamos a reconstruir las anchas calles y las dobles murallas hasta que aquella ciudad arrasada, nuevamente populosa y próspera, volvió a dominar la entrada del Helesponto. Y en las largas noches imaginábamos viajes en una cóncava nave, hazañas, peligros, naufragios, seres fabulosos, pruebas de lealtad, sangrientas venganzas que la Aurora de rosáceos dedos dispersaba después. Cuando el bardo ciego de Quíos, un tal Homero, cantó aquellas aventuras con el énfasis adecuado, en hexámetros dáctilos, persuadió al mundo de la supuesta veracidad de nuestros cuentos. Su versión, por así decirlo, es hoy sobradamente conocida. Pero las cosas no sucedieron de tal modo. Remiso a volver junto a mi familia, sin nostalgia alguna tras tantos años de asedio, me entregué a las dulzuras de las troyanas de níveos brazos, ustedes entienden, y mi descendencia actual supera a la del rey Príamo. Con seguridad tildarán mi proceder de cobarde, deshonesto e inhumano: no conocen a Penélope.

Perspectiva

A Nicolás Palma

En la habitación del hospital el padre contempla, por primera vez y con infinita dulzura, a su hijo recién nacido. Es hermoso, de una inocencia irradiadora, rozagante. El padre nota cómo una corriente de júbilo asciende desde algún lugar de su interior y amenaza con desbordarse y reventar cada grieta hasta que levanta un poco los ojos y ve, bajo el techo, levitando pacientemente, con esos acerados destellos de sus filos, cientos de espadas de Damocles que cuelgan justo sobre el cuerpecito de su hijo. Vuelve la cabeza hacia su mujer y sabe al instante que ella lo sabe, pero ninguno dice nada.

Los rivales

Un desafío concertado a sable con punta, filo y contrafilo. Dos caballeros frente a frente, al atardecer, sin padrinos, médicos ni público. Sólo el juez de campo los ve lanzarse a fondo, sortear las acometidas, romper saltando en retroceso. Son buenos esgrimidores, de movimientos elegantes y parejo dominio, se conocen, se respetan, se han batido con frecuencia, azuzados por padrinos indignos que intentaban hacerles un cartel de duelistas. Hoy, una vez más, desean zanjar dignamente tan enojoso asunto. Pero ninguna estocada pone fuera de combate a los adversarios, unos rasguños a lo sumo, una caída, una rotura de arma, un cuerpo a cuerpo. Tampoco en esta ocasión se resuelve el lance. Cansados, aplazan el cruento ajuste, confraternizan. El manco, con la vieja camisa zurcida a la vista, parece menos hosco, más frágil y melancólico. El inglés, de temperamento lenguaraz y desenvuelto, se despide con ampulosos ademanes. Cien años después, en el mismo lugar, los dos caballeros descienden de sus landós e intercambian corteses saludos. Una niebla helada desdibuja los perfiles del prado. El juez mide el terreno, procede al sorteo, lee las actas, les entrega las pistolas de cañón rayado. A veinte pasos, con las armas en guardia alta, esperan la orden de fuego. Apuntan durante treinta segundos. Aprietan el gatillo: los tiradores permanecen en pie tras las detonaciones consecutivas. Un proyectil ha silbado sobre el manco y aún humea el impacto del plomo a los pies del inglés. Sin menoscabo de su insuperada reputación, con objeto de poner fin a esta absurda rivalidad en la que nadie ha recibido ofensas, los dos gallardos contendientes, Miguel de Cervantes y William Shakespeare, volverán a comparecer una y

otra vez en el campo del honor.

Última cena

A Norberto Luis Romero

El día de los ácimos, mientras celebra la Pascua con sus discípulos, dice el Maestro: «Antes de que yo padezca, tomad y comed, éste es mi cuerpo. Bebed todos de mi sangre de la alianza. Haced esto en recuerdo mío y para remisión de los pecados». Pronto se advierte la simpleza de los doce, pues hacen una interpretación literal de los deseos del Hijo del hombre: comen su cuerpo y beben su sangre, según lo decretado por Él, aunque prevalece la abnegación sobre el apetito. Es así como, en lugar del Maestro, se crucifica a uno de los doce discípulos; el mismo que, al dudar de la misteriosa naturaleza de aquella comida de Pascua, pensaba irse de la lengua.

Los ojos

Me sucede en ocasiones, al contemplar con detenimiento los ojos de mi esposa, que no veo por un instante su delicada forma almendrada, casi bizantina, ni el centelleo de sus pupilas de color oporto, su calidad de espejo, de prístino horizonte de eternidad, sino dos canicas monstruosas, de presencia simétrica y desencajada, dos esferas blancas, atroces, desproporcionadas, carentes de párpados y pestañas, que se hospedan precariamente en el reborde de las órbitas; y, si no aparto pronto mi mirada, creo sufrir el nervioso asedio de dos globos de cristal soplado que pertenecieran a la cabeza de un pesadillesco limúlido de las profundidades.

Nada hay más difícil que asimilar la realidad escondida bajo la superficie, esto explica que ya nunca bese sus labios, una rendija tibia, fina y apenas entreabierta, pero del tamaño suficiente como para permitir que asomen los dientes, esos huesos desnudos.

EL LOBO VIEJO DE LAS DESGRACIAS

CAMINÁBAMOS AL RELENTE POR UN ESTRECHO SENDERO. Sin hogar, desamparados y ateridos bajo la luna, nuestros hijos nos seguían penosamente. Una sombra nos cerró el paso en el cruce de caminos. Parecía presta a alimentarse con nuestra sangre y a contemplar con deleite nuestra agonía. No cabía duda, era uno de los sin alma: la lengua negra y mefítica, las pesadas cadenas de oro en el cuello, el feroz brillo de la vulgaridad en sus ojos, la elocuencia propia de los que pueden controlar los elementos, de los que se dan trazas en mundanos negocios, de los que practican el implacable robo de vidas y la usura de almas. Su presencia mareaba, comunicaba un sentimiento de disgusto, de perturbadora desesperación. Cuando, sonriéndole arteramente, se permitió enviar un beso con la mano a mi esposa, saqué del bolsillo la cabecita de ajos que constituía toda nuestra cena y se la arrojé sin demora. Aquel ser aterrador huyó entre alaridos y grandes saltos, como una escarapela negra zarandeada por el viento. En Europa oriental lo llaman «Nosferatu», el que no muere. En Bengala su nombre es «Chordewa», el que chupa la sangre y se convierte en gato negro. En Italia se le llama «Strega», cuyo aliento es una neblina ponzoñosa. En China, «Chiang shih», el devorador de cadáveres recién enterrados. Aquí lo conocemos, indistintamente, como «constructor» o «especulador inmobiliario».

Tesoros

A Sonia del Valle

Hoy, como otras veces, salvé las siete esclusas de seguridad, evité los guardianes y las alarmas y descendí hasta el tercer nivel del subsuelo con mi saco vacío a la espalda. Ahí estaba el tesoro de Troya (copas de oro, collares y diademas engarzadas, hachas-martillo, máscaras de plata y lapislázuli), la Quimera etrusca de Arezzo, la cabeza de alabastro traslúcido de la reina de Saba, el tesoro de Atila y el de Jabhur Jan, las dos puertas de Ubar (la Atlántida del desierto) engalanadas cuatro mil años antes con las más preciadas joyas y metales, ahí estaban reunidas, en largas y ordenadas hileras, todas las grandes maravillas de la antigüedad: fruslerías. Pasé de largo. Me adentré en la sala que reproducía, invertida, una cúpula gigantesca. A la luz de los hachones, mientras me punzaba una extraña mezcla de miedo y alegría, contemplé de nuevo el más espléndido de los tesoros, vedado al común de los mortales. Cualquiera podría matar o morir por esa visión gloriosa, por esa plétora, por esa infinita cornucopia oculta en el silencio de las profundidades. Amontonadas escrupulosamente como lingotes idénticos, me esperaban, llenas de promesas, incólumes, las Horas Perdidas. Abrí la boca del saco.

Naufragio

El día que se hundió aquel navío entre retumbos de barriles y añicos de loza, yo nadaba cerca, ocioso, mientras practicaba esgrima intelectual con mi hermano (el irresoluble problema de la flecha del tiempo y la diana de la inmortalidad). La tripulación, desesperada, se agitaba sobre las aguas oscuras. Unos pocos habían logrado aferrarse a pellejos de buey. Al percatarnos de su desgracia, nos sumergimos resueltos y buceamos hacia ellos, aproximándonos a toda velocidad, con estilo poderoso, ondulante. Siempre sucede que, aunque lleguemos a tiempo para redimirlos, ellos no pueden evitar señalarnos y, enloquecidos, gritar al unísono con un timbre particularmente desagradable que el prestigio o quizá el horror concentran: ¡Tiburones! ¡Tiburones!

El otro Borges

A Manuel Moyano

Soy periodista. Conocí a Borges en el Aula de los Venerables, en Sevilla, durante el Seminario de Literatura Fantástica. Todos bebimos sus palabras. Tras la entrevista («prefiero las preguntas a las respuestas», «lo importante es, creo, soñar sinceramente», «ese lindo verso de Cansinos, *El río está lleno de espadas*…») dejé caer que poseía una primera edición del *De bene disponenda biblioteca*, de Francisco de Araoz. El maestro se emocionó y, levantando la cabeza al techo, como si hojeara amorosamente en el aire aquel ejemplar de 1631, lo reputó de tesoro. Prometí hacérselo llegar en alguna ocasión. Seis meses después, en Buenos Aires, y confirmada mi visita, Borges me atendió con suma cortesía en su apartamento de la calle Maipú. Cuando entré, tanteaba en el interior de un reloj sin cristal. «Usted sabe —dijo mirándome sin verme—, la música de las esferas conculca a la otra del tiempo, pero ninguna puede librarnos de la muerte». Después acarició el libro hasta que María Kodama se ausentó del cuarto. Lo que ocurrió a continuación me dejó boquiabierto. Borges apartó a un lado su bastón escocés, se sirvió un *brandy* hasta el borde del vaso y lo bebió de un trago. De repente su cuerpo parecía menos quebradizo, su pelo menos blanco y su templanza más impaciente. «Me siento, bueno, conmovido, permítame usted regalarle algo a cambio, alguna confidencia. Dígame, Avilés, qué elige: este tetradracma de oro, una copia de la primera novela que recién acabé de dictar o una prueba de mi fingida ceguera… sí, desengáñese, nada de sombras ni formas adivinadas, nada de amarillo desde aquella lejana operación».

Hablaba con ilusorio convencimiento. Yo temía sobre todo que María Kodama regresara de pronto, así que acepté a regañadientes el tetradracma. Las dos últimas bromas eran señuelos demasiado banales para venir del propio Borges. Nos despedimos. Cuando salía por la puerta, me llamó. «Amigo Avilés, ¿sabe usted que lleva una pelusa sobre el hombro izquierdo y que destaca abominablemente?». Sonreía con pícara indulgencia. No recuerdo si bajé la vista hacia mi hombro, pero sí que lo último que vi del maestro fueron sus dientes postizos.

La pesca

A Miguel Ángel Zapata

Cada vez que el artista —que ha renunciado a la luz del sol y malcome en su cuarto— acecha con renovada ilusión las ideas que se van formando bajo el cielo raso hasta gravitar como cautivadoras esferas evanescentes, hechas de pura limpidez, con algo de embrionario, de homúnculos que despiden su propia luz a medida que se vuelven tangibles y nítidos; cada vez que el artista se cerciora —por instinto— de su madurez, de su calidad perdurable; cada vez que levanta en el aire ese pequeño arpón que siempre le acompaña —semejante al bichero usado en las almadrabas para atrapar atunes— y, con brazo férreo, engarfia una a una las ligeras y resplandecientes ideas y las baja a tierra con gran cuidado; cada vez que el artista las deposita a sus pies y el sedoso contorno de aquellas esencias roza la nubecilla de polvo del suelo, tiznándolas invariablemente; cada vez que el artista las desprende con suma delicadeza y las toma al fin entre sus manos, no son ya sino algo sucio, marchito, mezquino.

EL GOLPE MAESTRO DEL LEÑADOR MÁGICO

Homenaje a Richard Dadd

A Antonio Dafos

SABE QUE ES EL ÚLTIMO HOMBRE VIVO. La civilización humana ha esparcido el exterminio, y ella misma desaparece. Sin rastro de vegetación, la Tierra no es más que una corteza abarquillada, y los mares y océanos, desiertos calcinantes. No hay estaciones. Bajo el peso de lo irrevocable, nada tiene nombre. El sol declina perpetuamente en el horizonte. El último hombre se mueve a través de un tendal alucinatorio, de un invisible magma formado por volutas de encono, de acatamiento, de indiferencia. Deambula aturdido un tiempo y después, loco, muere de sed, hambre y soledad. Eso no impide que en su mente agónica, por espacio de una fracción de segundo, se concentren en desorden aluvial las imágenes, los sonidos, los olores, los ritos de un pasado nunca tan precario: huracanes, arroyos, los cuartetos para violonchelo de Bach, el graznido de los pájaros de acantilado, el jugoso aroma de los lagares, de la fruta robada por primera vez, de un «sachet» de lavanda, gatos, luciérnagas, caballos de carreras de Berbería, cuerpos desnudos tan blancos como nevada en un lecho, los monasterios de Meteora, la tinta china, nombres grabados en los troncos de los árboles, el cabrilleo en los aparejos de un barco, el suave tránsito del día a la noche, historias de dioses vikingos luchando en la gélida calma del Ártico, todo resplandece un último instante como hililllos de savia extraída de un millón de hojas tiernas que corrieran a perderse, irremisiblemente, bajo tierra. Pasó

el tiempo —el mismo tiempo elástico de los sacrificios, el mismo que se dilata como a quien ya nada le compete—, y del cráneo vacío y roto del último hombre comenzaron a brotar grandes hierbas, quizá juncos o bambúes.

UN DÍA DE CAMPO

LA COLINA PARECÍA UN ANIMAL FABULOSO, erizado, destellante. Dispuesto el ejército sobre ella en escuadrones y aguardando el momento de la batalla, no se veía sino un enjambre empavesado de arqueros, infantería, catafractarios, máquinas de asedio, flameantes gallardetes de tafetán y pendones de terciopelo, caballos con gualdrapas de damasco, corazas y yelmos emplumados, arcos de ballestas, caballerías de tiro con magníficos atalajes, empalizadas de lanzas. Sobre un fondo de flores crecidas y frescas, los tambores, los cuernos y los soldados mismos guardaban ese silencio embarazoso y un poco absurdo que suele convocar lo incomprensible. Nadie se mostraba nervioso, nadie sudaba o temblaba de miedo, a lo sumo se aspiraba sin excesivo interés la fragancia pura del tomillo y la balsamina. No se voceaba orden alguna, las deflagraciones tampoco llegaban. Había una atmósfera general de abulia, quizá la que se siente al llevar durante largo tiempo un disfraz aparatoso y pesado. Las tropas tenían las trazas de quien se mantiene ajeno por ignorancia, de quien nunca entrará en combate o se lanzará en desaforada lucha porque —al contrario de lo que ocurre con el amor— no ha oído hablar del enemigo ni de la guerra.

LA LARGA DIGESTIÓN DEL DRAGÓN DE KOMODO

ALREDEDOR DE LAS ONCE DE LA MAÑANA, a petición mía, el vehículo oficial del ministerio me deja ante la vieja casa —ahora abandonada— donde viví cuando era niño. El asistente dobla mi abrigo en su brazo, esperándome. Aplasto el puro contra la acera deshecha. Sin pena, sin ternura, puede que con suficiencia y hasta con un ligero asco, veo el zócalo gris ratón, la puerta carcomida, los escombros de la salita. Subo las mismas escaleras que cuarenta años antes me llevaban al pequeño dormitorio. Los balcones están cerrados. Parece de noche.

—¿De dónde vienes a estas horas, sinvergüenza?

Es el vozarrón de menestral de mi padre, repudiando una vez más mi conducta.

Bajo la cabeza para tolerar el horror. Miro mis pantalones cortos, mis zapatitos embarrados que se tocan por la puntera buscando un arrimo, un cálido refugio. En la penumbra, mi padre hace un movimiento amenazador, como si inclinara su cuerpo hacia delante. Oigo un eco familiar, ese roce seguido de un chasquido que se escucha cada vez que mi padre se quita el cinturón.

El misántropo

Don Celso Filgueira convocaba la antipatía de todos los vecinos del concello de Ribadeo. Confundían su pereza verbal con arrogancia y la justa cordialidad con desprecio. Recelaban de su negativa a copas y cafés y de su timidez bronca que no se paraba en hipocresías. El malentendido es la ley de gravitación de los solitarios. Cuando don Celso murió, todos consideraron a aquel sujeto insociable una especie de lobezno muerto y bien muerto, pero don Celso Filgueira fue enterrado inadvertidamente con vida. Él, que anticipó esta contingencia (la soledad regala a manos llenas tiempo y temas), hizo instalar en su féretro un sistema patentado por el ingeniero Avendaño, de Monforte. Así pues, al despertar, oprimió en seguida el interruptor que levantó en la superficie un disco portador del número de enterramiento, encendió la lámpara de señalización y conectó la sirena de alarma. Era la mañana después de san Wenceslao, llovía y el soplo del orvallo apenas dejaba escuchar la llamada de auxilio. Mientras don Celso se removía como loco en la oscuridad, devorado ya por los gusanos del miedo, los vecinos iban acudiendo al camposanto atraídos por aquellos extraños e incansables bocinazos. Bastó que supieran de qué tumba provenían para que se dieran media vuelta. Y subiéndose unos las solapas y sacudiéndose otros las pellas de barro en los retamales, todos se alejaron, se alejaron.

Il giardino segreto

Bajo la breve tarde de invierno todo mueve al silencio en el patio del convento de clausura. Arriates entre blancos muros, el verdor del huerto y, al fondo, la antigua cripta rodeada de plantas medicinales. Huele a incienso olíbano y ciprés. Dos gatos se pasean despreocupadamente sobre las enormes losas pulidas. En esto, las monjas salen de sus celdas, van desnudas a excepción de la toca que cubre sus cabezas, y en un rincón del patio, cerca de la galería porticada, atrapan a los gatos, que maúllan y chillan enloquecidos durante un corto tiempo. Como ménades de un rito siniestro, degradado, los desentrañan y comienzan a devorarlos. Oscurece. Los lienzos blancos de sus tocas y de sus carnes refulgen con la luna. La glicinia trepa por el muro.

Samsara

Soy un ñu. Me persiguen, incansables, las hienas. Siento el primer mordisco y los ataques sucesivos. Mientras me están comiendo vivo y se acercan ya buitres y carabús, en el instante exacto de la muerte, me deslizo inexplicablemente dentro del cuerpo de una india tolteca que va a ser inmolada en el altar de los sacrificios. Muero y vuelvo a revivir en las formas de un condenado ante un pelotón centroeuropeo de fusilamiento. Ésta es una situación, huelga decirlo, deprimente. Una vez pasada la ilusión de la novedad, el ciclo de las reencarnaciones —arbitrarias, maliciosas, extemporáneas— se convierte en un estigma insoportable. Abismado en este perpetuo vórtice, apenas he conocido el esparcimiento. Fui, sin ir más lejos, peón en las Pirámides, en la Gran Muralla, en el Machu Picchu y en la Basílica de san Pedro. No es gratuito afirmar que, a estas alturas, mi conciencia y mis miembros se hallan en un estado de escarnecimiento y extenuación indecibles. Ahora, aquí, en esta taberna turística ecuatorial, arrojo mis mudas zozobras justo sobre vuestras cabezas: soy ese cocodrilo que cuelga del techo y os mira.

Danza de espadas

Tras blandir su espada flamígera contra Adán y Eva, el ángel del Paraíso la hunde en la roca dispuesta expresamente para que el rey Arturo, más tarde, desclave Excalibur. Esta torpeza del ángel, su imprecisión cronológica y topográfica, desencadena deplorables espectáculos: la espada Muérdago —única que puede hacerlo— no acierta a matar al gigante Balder, para regocijo del monstruo; la espada que pende sobre la cabeza de Damocles, sostenida sólo por una fina crin de caballo, se precipita fatalmente; Roldán no encuentra por ningún lado su espada Durandarte y, pese a la previsible humillación, se defiende a bofetadas del enorme ejército que lo reduce al instante en los Pirineos; a falta de la mágica y temible espada que perteneció a su padre, Sigfrido se esfuerza en atravesar al dragón Fafnir con una Tizona de plástico, lo cual le acarrea no pocas burlas del gremio de animales mitológicos; y lo que es peor, no llega a mis manos ese as de espadas que necesito desesperadamente para ganar el juego en el que, esta noche, he apostado mi vida.

IRREMEDIABLE

A Juan Jacinto Muñoz Rengel

POR PRINCIPIO, NUNCA ESTRECHABA la mano de nadie y no aceptaba más responsabilidad que la limpieza compulsiva de su cuerpo, el cerco a la constante sensación de suciedad. Con gran malestar, rastreaba minuciosamente cada piélago de células muertas, de ácaros y gérmenes, y se entregaba, varias veces al día, a un ritual incolmable: el guante blanco de crin revoloteaba con viva fuerza en la oscuridad del baño, la piedra pómez iba de un lado a otro de su carne como un ave carroñera, la toalla recién lavada volvía a friccionar sobre zonas al rojo vivo. Tras años de irrefrenable frotación, la epidermis había suavizado primero su espesor, mostraba rodadas de camino, desvelaba colinas desnudas, atenuaba pigmentos, espejeaba, arrojaba ya un leve resplandor, una pretensión de transparencia, luego se fue privando impúdicamente de terminaciones nerviosas, vasos sanguíneos, fibras elásticas, glándulas sudoríparas y sebáceas, folículos pilosos, grasa, músculos. Lo visité ayer y me recibió descarnado, ignorante de que estaba comprometiendo su misma identidad, pero se le veía un poco más feliz mientras restregaba con ahínco su cavidad orbital o dejaba en óptimo estado de revista su hueso cigomático.

La Atlántida

Un tenaz arqueólogo, después de una vida de especulaciones, viajes y trámites burocráticos, descubre el emplazamiento exacto de la Atlántida, que se mantiene felizmente preservada tras los velos del Tiempo y el Misterio. Recorre sin aliento aquellas fastuosas ciudades orbiculares de color ámbar, acaricia el musgo que lame la piedra labrada de los pontones y el pan de oro que cubre aún los colosales arqueros de las avenidas, se adentra exultante bajo los capiteles de alabastro de los templos, pasea sobre las gradas, admira la magnificencia de los cenotafios, sacia su sed en frescos veneros, persevera en palacios de fina policromía y en lo más recóndito de dulcísimos jardines colgantes, y cuando ya ha saboreado los límites del asombro, convencido de la legítima trascendencia de su descubrimiento, ávido de la notoriedad que éste ha de proporcionarle, toma como prueba una tablilla de jade cuyas inscripciones dicen realmente (pero él no lo sabe) «Al que se llevare esta tabla destrúyale la ira de Assuleb —extendedor de la noche— y borre su nombre y posteridad de la faz de la tierra».

La melancolía de los gigantes

Sin compasión, hunde la hoja de su arma en el centro de mi cuerpo indefenso. No hubo provocación alguna por mi parte. Una ira ciega alienta cada tajo, cada incisión arbitraria y salvaje de la carne. Los míos dijeron que no opusiera resistencia, que ello involucraría a los demás en nuevos peligros. Él, mientras tanto, profundiza la herida. Qué puedo hacer yo ante quien contraría de ese modo la ley natural sino sentir una vaga tristeza y esperar aquí, bajo el camino de estrellas, la bárbara amputación final, el momento en que me desplome sin más quejidos que los de mis frondosas ramas al golpear agonizando contra el suelo.

En una exposición

A Manuel Gómez Rivero

El desconocido, como los que saben que pronto volverán al cauce mudo de la soledad, no dejó de hablar durante toda la tarde. Coincidimos en la valoración de los dibujos de José Hernández expuestos en la galería, y ello estableció una proximidad de algún modo amistosa. Había algo gallináceo en su aspecto de empleado que agita nerviosamente el portafolios con una mano y arruga *El Eco del Comercio* con la otra. Yo apenas abrí la boca mientras fluía el curso de sus reflexiones y me aleccionaba en voz baja sobre morbosas patologías artísticas, antiquísimas creencias o los estigmas físicos de los mitos. No le presté especial atención hasta que un comentario suyo me provocó escalofríos. Dijo que las manos de los demonios no tienen dorso, que son palmas por ambos lados. Miré con cautela alrededor. No había ya público y la noche crecía tras el cristal de la entrada. De pronto quise evitar aquella conversación, aquella compañía, aquella sala de arte. Me despedí verbalmente del desconocido, que pareció quedar un tanto contrariado, entre la sorpresa y la curiosidad, a la espera tal vez de un gesto menos seco, de que le tendiera una tarjeta o estrechara su mano. Me alejé con las mías en los bolsillos del pantalón, de donde en ningún momento las había sacado, y reparé en lo mucho que me sudaban las palmas. Las cuatro.

La caja de los truenos

Cuando los menesterosos padres de Nayib murieron de hambre, el pequeño mendigo recibió la única posesión de la familia Alauié a lo largo de generaciones: una sencilla cajita de madera con un broche de color turquí. Nunca antes había sido abierta. Nayib —un niño flaco y sucio, pero altivo y de ojos vivísimos— tomó la cajita entre sus manos con gran unción. Cuando se disponía a abrirla, como si presintiese la temeridad y la atroz amenaza desconocida de aquel acto, dudó y, durante aquel brevísimo instante de vacilación, la vida se detuvo: los terrones de azúcar dejaron de diluirse en las tazas, los asesinos no terminaban de apuñalar a sus víctimas, el aire cesó en su fuga perpetua; el vuelo de las aves, la pólvora de los cazadores, el suero en las venas de los enfermos, el salto a contracorriente de los salmones, todo participó de aquella inaudita pausa universal, de aquella silenciosa anábasis, simultáneamente a millones de seres vivos que con voraz ansia y la respiración suspendida confiaban que, tampoco en esta ocasión, fuese abierta la sencilla cajita de madera con el broche de color turquí.

PUEBLO CHICO, INFIERNO GRANDE

A José Luis Gastón Morata

DIMAS ERA RECIO, ALTO, VOCEADOR, andaba siempre removiendo en la trilla y tenía callosidades en los pensamientos a fuerza de soliviantar a su vecino con la malicia propia de los muñidores.

Balbino era bajito y cenceño, con ese espíritu de aguzanieves que tienen los arrieros asmáticos, como si llevara una nube propia, consumiéndose despacio en la lumbre de miles de pitillos.

A Dimas todos lo llamaban Tirabeque.

A Balbino, Perejil.

Dimas y Balbino eran vecinos y enemigos de toda la vida. Casa con casa, paredaños, se negaban cada día el pan y la sal. Hasta que saltaba una liebre sin sustancia —un metro de tierra, un ruido a deshoras, una perra chica en la taberna— y se dirigían entonces uno a otro feroces rehiletes, cuajaban injurias que ninguna romana podía pesar, e incluso brillaba a veces, entre el desprecio y el rencor de las disputas, el filo mellado de una hoz.

Dimas y Balbino murieron el mismo día y a la misma hora, con el creciente de la luna, a los setenta y nueve años.

Lo olvidaba: están enterrados en nichos contiguos.

JUICIO

AQUEL CIUDADANO NO HA ACUSADO de brujería a la mujer ante el Tribunal que habrá de torturarla porque creyera que negociaba carnalmente con Belcebú la ruina de su familia, ni porque la haya visto danzar hasta el amanecer en torno al Macho Cabrío, o amasar ungüentos con belladona y hojas de álamo y grasa de niño, o beber la leche de los jarros que reposan en los alféizares de las ventanas, ni siquiera para vengarse y que sus bienes sean confiscados, sino porque cuando los inquisidores busquen en su cuerpo la señal del Diablo (una heridita impía, un pliegue satánico, una pequeña pero obscena mancha, un lunar sacrílego) él podrá al fin contemplar desnuda a su vecina.

El narval

El calor en el salón era ya, a esas horas, un bramido solar, una llamarada negra. Me serví abundante hielo en el vaso. Y, aunque bebí de un trago el té helado, en el pecho aún me quemaba el desprecio de Carla, su flagrante desapego. El hielo se derritió. La lengua de fuego mascaba mi corazón destrozado. Añadí y añadí más cubitos hasta que se desbordaron, cayeron sobre la alfombra y cubrieron toda la habitación, arrastrándome con ellos. Cormoranes y gaviotas me sobrevolaban. A la luz del día polar —escasa, claustral, subsumida— contemplé las resquebrajadas placas de hielo entrechocando furiosamente. La alfombra, algunos libros, la vitrina y yo mismo sufríamos los embates del oleaje ártico. Dos ballenas narvales, atrapadas entre los hielos, entablaban un impetuoso duelo. No me paralizó el terror sino la imagen de una Carla cada vez más lejana, visión que ensartaba recuerdos en un largo collar de melancólicas piedras. El frío glacial del viento y de las aguas apenas atenuaba el dolor. De pronto, uno de aquellos unicornios marinos majestuosos y legendarios, emitiendo amenazadores vagidos, nadó en mi busca. Mantuve los ojos abiertos, apretando con la mano el vaso vacío, mientras notaba progresar su cuerno hacia mi corazón.

OCÉANOS DE CENIZA

CONTRAVINIENDO LAS NORMAS jurídico-botánicas que rigen la ornamentación de cementerios (según las cuales nunca han de sembrarse en ellos especies vegetales capaces de ofrecer productos comestibles), he plantado árboles frutales de vivos colores orillando la tapia norte de nuestro minúsculo camposanto montañés. ¿Será por eso que ahora contemplo, espantado, esos frutos que cuelgan de sus ramas, cerúleos, helados, horrendos, como bulbos híbridos, como homúnculos o creaciones imperfectas y caprichosas exudadas de las esencias sacras de nuestros antepasados? ¿Será por eso que crecen con tanta reciedumbre, como si buscasen una perduración plena, ayudados por la sangre que vuelve?

HISPANIA I

A Manuel Jaramillo

SALÍ AL PASILLO Y SUPLIQUÉ educadamente a mis vecinos que cesaran en su vocinglería. Como es natural, fui ofrecido a la ira de la familia: me tumbaron de espaldas sobre la mesa del salón, me apalearon con un vivo sentido del ritmo, extirparon mis ojos y mi lengua, me desollaron la piel a tiras, cortaron manos y pies y arrancaron brazos y piernas, desmembrándome por completo. Resultaba extremadamente curiosa su espontaneidad, casi rayana en el desapego, y se veía a padres e hijos persuadidos de la eficacia de su labor, en absoluto impelidos por animosidad alguna. Parecía bastante probable que, de un momento a otro, habría de prescindir de toda mi sangre, que borboteaba y manaba de forma espléndida y corría zumosa. Lamenté en verdad que se prodigara hasta empapar aquel tapete de ganchillo, poseedor, por lo demás, del intemporal encanto de la artesanía. Al final, quizá un tanto arbitrariamente desde mi parecer, me separaron la cabeza del tronco con un hacha de cocina; sin embargo, en modo alguno trato de sugerir descortesía por su parte, puesto que ellos no hacían más que ceñirse a los usos del lugar. La mesa producía ya el efecto de una aguilera con despojos: mi vesícula colgaba de las flores de plástico del jarrón y mis ojos, depositados en el cenicero de cerámica, aún describían una trayectoria semicircular. Pero al menos me extinguí con la convicción de haber defendido sustanciosamente mi derecho a la tranquilidad.

De coleópteros y firmamentos

De ordinario no pensamos —o quizá no queremos imaginarlo— que la humanidad conforma una simple cucaracha: las civilizaciones son segmentos anulares de su abdomen, los imperios, nudos nerviosos de sus ganglios, las guerras, secreciones naturales, cada uno de nosotros, infinitesimales células sedentarias o glóbulos sanguíneos que se desplazan afanosamente de un lado a otro de su vasto organismo hasta alcanzar los confines de una patita articulada, de un palpo sensor, de un ojo compuesto, de un élitro. Cuando miramos al cielo, vemos la parte interior de su reluciente caparazón; cuando algún pueblo sufre una diáspora, está formando parte de sus tramos digestivos; cuando soñamos, respondemos a la vibración de sus antenas; cuando un país reniega del progreso, la cucaracha ha cerrado sus espiráculos para controlar la pérdida de agua o evitar la entrada de aire. Si bien tales evidencias parecen arrebatarle a la especie el destino de sus propias manos, la cucaracha, en último término, tampoco rige el suyo: vive solamente mientras nadie la aplasta bajo el zapato.

237 FRAGMENTOS DE METRALLA

YO ERA UN JOVEN ESCRITOR AUSTRÍACO cuyas ansias de gloria fueron demolidas por la Primera Guerra Mundial. Recuerdo con nitidez la noche en que un soldado enemigo corrió hacia la tierra de nadie, entre el fango y las alambradas, para socorrer a un compañero herido. De pronto estalló ante ellos, esparciendo una estruendosa lluvia de fuego y acero, una granada lanzada por nuestro nuevo y gigantesco mortero «Mienenwerfer». Gravemente herido a su vez, aquel valiente cargó a la espalda al compañero que había venido a buscar y, arrastrándose, trataba de regresar a las posiciones aliadas. Un haz del reflector me permitió contemplar claramente su enlodada figura. Admiré aquel acto de heroísmo. Pude disparar sobre él el tiro de gracia. Después fui herido, hecho prisionero y atendido en el hospital de campaña enemigo. Pregunté por el valiente. «¿El joven americano? Su cuerpo parece un colador: lo han operado una docena de veces. Se llama Hemingway». Han transcurrido muchos años desde entonces. Nadie me conoce. Y ni mis obras ni mi vida han logrado hurtar a la gloria una pizca de su huraña sustancia.

LAMELIBRANQUIOS

ERES BUSCADOR DE PERLAS en un mar subtropical. Buceas hoy a mayor profundidad, más allá de la barrera del arrecife de coral. Anémonas. Blenios dentados. Anguilas-jardín. Erizos. Peces arlequines. Bosque de quelpos. Descubres regocijado un vastísimo criadero natural. Semienterradas en el fondo limoso, las conchas cubren por entero la pradera submarina. Blandes el cuchillo, lo introduces con habilidad entre los bordes sellados de uno de los moluscos bivalvos y haces palanca. Contemplas entonces atónito, a través de la turbia luz, el sexo femenino que se aloja en su interior, su palpitante morfología venusina, sus labios abultados, el vello crespo sombreando el contorno, su fresita retráctil, sus repliegues de cresta de gallo, ababosados, salidizos, pultáceos. Abres otra concha. Y otra. En aquel delirante criadero de las profundidades, acunados por las aguas madres, todos los lamelibranquios cobijan un sexo con vida propia, encarnado, de contacto mucilaginoso, ciliado, como un pequeño hocico mostachudo y acuoso. Incrédulo aún, sientes cierto escalofrío cuando alcanzas a calibrar la peculiaridad del lugar.

El emisario

Lo detuvieron, por alboroto público, cuando hacía levitar sobre su mano el fruto de un granado en plena calle. Se llamaba a sí mismo «asistente del Creador». El interrogatorio parecía más bien un monólogo carente de sentido. «Cada semilla de esta granada —decía— es un universo que se compone a su vez de miríadas de mundos. He venido a permitiros un atisbo del infinito, sin su beneplácito desde luego, porque Él desprecia mi devoción por vosotros, seres lastimosos, espíritus elementales pero capaces de amar y odiar, de crear y recibir con indiferencia la luz que cae sobre la tierra como lingotes de oro». El comisario, dando largas chupadas al cigarrillo, lo miraba con descreimiento: «¿De qué habla este tipo?». «Del lugar donde se descifran las dimensiones, lo inconcebible, lo que hasta ahora estaba más allá de vuestro alcance, donde todo se subsume, el centro del supremo engranaje». Anochecía. Alguien encendió una lámpara y su luz cayó sobre la granada rojiza, madura. Apenas unos días más y se pudriría sin remedio. «Le expliqué a Él, en vano, durante interminables eones, que no todos los hombres desean permanecer en el vacío, en el caos, achicando agua desesperadamente de una barca agujereada en mitad del océano, lejos de la felicidad que depara un conocimiento inefable y absoluto». Irritado, el comisario hundió su puño en el rostro del detenido: «¡Déjese de tonterías! Sargento, prepare una jarra de café cargado. La noche va a ser muy larga». La víctima, con su pronta sonrisa paralizada, se limpió la sangre sobre el labio, recogió la granada del suelo y la contempló con una expresión de dolorosa benevolencia. Sus ojos podrían ser ahora los ojos remotos y serenos del emisario de un dios. Después la frotó contra su manga

para lustrarla aún más y, sin previo aviso, la mordió. Un mordisco enorme, definitivo, que excede nuestra comprensión.

La derrota

Para qué huir de ella. No puedes guardarte ni escapar. Antepone tu persecución a toda otra idea. Más pronto o más tarde, a la menor oportunidad, te atrapará. Con paso poderoso, como una sombra leonada, buscará hasta encontrarte. De nada te sirven la Capa de Invisibilidad y su caperuza cubierta de rocío, las Botas de Siete Leguas con las que corres treinta y dos veces más rápido que el más veloz de los hombres, la Hierba de Glauco que hace saltar las cerraduras de todas las puertas, el Tapete de Rolando que te permite convocar cualquier alimento que desees, la Flor Mágica capaz de colorear y perfumar cada una de tus desdichas. De nada te servirán cuando ella —ávida, arrogante, burlona— cierre los caminos y te cerque con infalible celeridad. Puede que llegue sin aliento —es vieja y seca—, que su jadeo delate lo agotador de la incesante tarea que la ocupa desde siempre, pero no puedes albergar dudas sobre el desenlace.

Quauhxicalli

En el primer día del mes, al son de los tambores de piel de jaguar, las víctimas de los sacrificios ceremoniales —niños, esclavos, prisioneros que se desmayaban de pavor— eran arrastradas por los cabellos escalinata arriba, hasta la cima del templo Mayor, y tumbadas de espaldas sobre el tajón. Mientras los sacerdotes, con pedernales y cuchillos de obsidiana, abrían vivos los cuerpos por el pecho y arrancaban sus corazones, espeluznantes alaridos enmudecían a los monos aulladores de las ceibas. La sangre chorreaba y nutría las jícaras, los brazaletes de jade, las plumas de guacamaya, la escritura de piedra, las aristas decoradas con cabezas de serpiente. Pero antes de que los cuerpos fuesen arrojados por la escalinata como muñecos rotos y los sacerdotes honraran al señor del Sol, al dios de los Vientos o a las divinidades Tlaloques de la lluvia ofreciéndoles el humo de los corazones que habían de quemar, éstos eran depositados mientras tanto, como manojos de cebollas rojas, en grandes copas de piedra. A veces allí, en los *quauhxicalli*, de aquellos órganos aún calientes y desconcertados que resbalaban viscosos unos sobre otros intercambiándose últimas voluntades, dolores extremos y pánico incolmable, de aquellas entrañas bárbaramente extraídas, partía un resuello, un siseo, el hipido de las arterias desgarradas al vaciarse de aire y que parecía decir: «Recuérdame, recuérdame».

El sudor de las estatuas

La timidez, hermana de la melancolía y la comodidad, fue en vida el atributo más arraigado del señor Artemidoro. Poseía, además, otras cualidades propias de las gentes apocadas —sobriedad, prudencia, instinto antiheroico—, de los que quieren a toda costa pasar inadvertidos, para quienes verdaderamente toda compañía es acíbar. Al morir, contraviniendo sus deseos, los hijos entregaron al marmolista una de las escasas fotografías de su padre: los ojos zarcos, en actitud de dolorida benevolencia, y una ansiedad casi penosa bajo el bigote fino. Allá quedó, expuesto a la curiosidad de todas las visitas, serrín venerable en el trasmundo, óvalo esmaltado en la cabecera del nicho, como un pez tras el cristal de una de las miles de peceras que atestan estas calles silenciosas. Una semana después del entierro, cuando los hijos de Artemidoro volvieron para cambiar las flores secas, encontraron la fotografía metamorfoseada. La mano derecha de su padre ocultaba ahora el rostro, a excepción del labio inferior y la barbilla, en un ademán instintivo, audaz, terco, como si hubiera cedido a un sentimiento irritante o percibiera hostilidad en aquel mortecino ámbito de cruces, mochuelos y mejorana dulce, como si no deseara ser reconocido por los ocasionales paseantes y, sin despertar la provocación, tampoco quisiera hacerles partícipes de su estado de íntimo desamparo.

PUNTUALIDAD

TODOS LOS VERANOS REGRESO al lugar que un día ocupó mi pueblo, sumergido desde hace treinta años bajo las aguas del pantano. Me siento en la orilla, o en un roquedo, y cada mañana, a las diez en punto, escucho un sonido que sube desde las profundidades, un tintineo sordo, conmovedor, helado como una pena. No, no es el tañido de las campanas de la iglesia, me digo siempre, se parece más al timbre de la bicicleta del cartero.

VIDAS PRIVADAS

UN DÍA DE JULIO, MI HERMANO dijo que mi trompo era suyo. Me alarmé: él sabía que me lo regaló padre, que pinté su madera de un rojo vivo, que aprendí a hacerlo bailar como un derviche enloquecido mientras su punta de hierro arrancaba chispazos a las piedras. Yo dije que entonces su zorzal pardo era mío. Ninguno cedió. Y, desde luego, los dos nos defendimos. Había comenzado la guerra civil.

Reconcialición

A Antonia Pertíñez

La anciana, que había sobrevivido a sus hijos y a su esposo, se sumergía a diario en el parque como en un baño balsámico, lejos del pisito vacío, de su caja de resonancia donde aún latía vivamente el dolor y la soledad. Siempre ocupaba el mismo asiento. Semienterrada junto al respaldo del banco, una piedra rugosa, gris y salpicada de cardenillo era toda su compañía. La mujer la miraba con atención y dulzura, como a algo cuya simplicidad enternece, y le invadía entonces un sentimiento de gran sosiego, una especial ligereza de corazón, de miel que cicatriza adversidades y sella destinos comunes.

Una mañana, sin saber muy bien por qué, posó su mano sobre la piedra y, concentrando en aquel roce toda la inocencia y dignidad que llevaba, pese a todo, dentro de sí, la acarició con extrema delicadeza. Igual que la semilla no muere bajo la tierra invernal, bastó ese gesto espontáneo para que por primera vez, tras millones de años de aparente inercia, de mutismo inhumano, de naturaleza obstinada y refractaria al trato social, la piedra diera los buenos días.

La travesía

Los dos hombres caminamos en silencio sobre la tierra caliente y desolada. Nos trasladamos a algún lugar más herboso, una junquera quizá. El aire de la mañana es ya sofocador. El otro, que va delante, tironea de mí valiéndose de la cuerda que me ató al cuello. Cuando siente hambre, nos detenemos. Aferra su cuchillo curvo, desuella una de mis nalgas, extrae varias porciones mollares y cose el festón de piel. Una vez saciado con mi carne viva, continuamos andando. De este modo, precavidamente, sin acceder nunca a ninguna de mis vísceras, adorna las zonas menos huesudas con una extraña caligrafía de cicatrices. Cuando siente sed, basta una diminuta incisión del cuchillo curvo en una vena estratégica para que se provea de mi sangre, situándose debajo con la boca abierta, como los bebedores de lluvia. Noto entonces el corazón más liviano. Él, mostrando en sus movimientos un interés sincero y renovado, presiona otro jirón de tela contra la herida hasta que deja de sangrar. A veces, durante la interminable travesía, creo ver en lontananza un manchón verde, el perfil móvil y ensoñador de un oasis, de un regato, de un espejismo.

El colibrí del instante

El padre apenas levanta la vista del diario cuando su hijo regresa de una excursión escolar.

Nunca sabrá que, de haber parpadeado a destiempo el conductor del autobús, justo un segundo antes, los habría embestido aquel camión en la curva que se cierra sobre el puente, y su hijo, sin oportunidad para el alarido, con la barra de un asiento atravesándole el abdomen, no sería más que una cosa abrasada al fondo de un remoto puente, molturada entre los hierros y los espinos blancos y los caballitos de san Martín.

Lo cierto es que el padre posee una sorprendente capacidad oracular y, si se mantuvo en apariencia indiferente, casi adusto, fue porque conocía en detalle esa milagrosa desviación del azar y había sufrido, pese a todo, de antemano, el vuelco espantoso del corazón y el horrendo dolor y la cólera, y no se atrevía a levantar la mirada hacia su hijo para no enfrentarla a la posibilidad de un error en su sexto sentido, para no confirmar la torsión de un destino indecentemente cruento, mutilado, calcinado.

El Teatro de la Eternidad

A Salvador Alonso

El toro escapó entre los remolques que formaban plaza y me empitonó mortalmente. En el Más Allá fui cacheado con póstumo desprecio y mis efectos personales inventariados. Demasiadas emociones, pensé, para un agnóstico. Las almas andábamos muy juntas, de aquí para allá como los gansos. Yo, entre tanto, recitaba con piadosa alegría —no sé por qué— todos los versos de El Piyayo y echaba de menos el fresco aroma de las acequias, las gavillas doradas de cereal en los campos y, sobre todo, a mi novia. Llegados al punto donde se levantaba el Teatro de la Eternidad, me uní a la cola de espíritus en agraz. Una relamida expendedora de tiques, con visera y mangas de celuloide, me tendió la entrada. Lustré las punteras de los zapatos contra mi pantalón y pasé al interior. La megafonía voceaba los viejos discursos de Winston Churchill, poniendo a prueba la resonancia de aquel inmenso lugar. Mientras seguía al acomodador, me fijaba en el paisanaje, en la desconchada bóveda azul con estrellas de purpurina, los muros pintados con *faux* mármol, el suelo de espinapez. Como no parecíamos llegar nunca a mi asiento, golpeé suavemente el hombro del acomodador (del dobladillo de su chaqueta roja sobresalía el marbete de ésta: Hilaturas de Fabra y Coats), interesándome por una posición más cercana al escenario. El acomodador me miró con afectado disgusto y se dignó explicarme que los mejores asientos del patio de butacas, y los mejores palcos, siempre se reservaban para las religiones homologadas, las cuales disfrutaban, además, de abonos preferentes y tarifas especiales para grupos. Después, me acompañó hasta el

gallinero.

La bañera

Un día, mientras aguardas el regreso de tu mujer, prolongas ese baño sedante, la grávida sensación de deriva en el agua jabonosa, los lametazos del minúsculo oleaje, la indolencia que lleva a perder deliciosamente la noción del tiempo, y adivinas que se va a apoderar de ti una monotonía sin deseos, que ya no sobresalen las medias lunas de tus hombros y de tus rodillas, que poco a poco tu piel se va acomodando a la blancura de la bañera, a sus curvas, a sus bordes, que te desvaneces en el esmalte, que te invade un sentimiento de rigidez, de malestar, de miedo, cuando fracasas en los intentos por abandonar la bañera, y luego de escuchar los pasos de tu mujer, que se desnuda en silencio y deja caer el agua sobre tu fondo y se sumerge con un suspiro de júbilo, sientes el aviso de la firmeza de sus miembros contra ti como la sondaleza de un barco que tocara el fondo del río, sientes la suavidad de su piel sonrosándose con el agua caliente, y descubres que nunca volverás a abrazarla, que no podrás orientarte por más tiempo en tu memoria blanca, lisa, pulida, que asistes impávido a los latidos de su corazón, a sus movimientos acariciadores y basculantes, a los rosetones de luz que refleja el cuerpo de tu mujer, completamente sola en el cuarto de baño.

Manos que ven

Una eterna tarde de verano. Subimos la callejuela de este pueblo blanco y calmo del sur cogidos de la mano. En la esquina, tres ancianas a la sombra, absortas en sus labores de costura, indiferentes a la indiferencia de los turistas. Unas sillas de anea, una pequeña radio, unos geranios, un bisbiseo, unas aspidistras. Ella sólo ve los vestidos negros, las infinitas arrugas de la piel. Querría decirle que forman un aparte con el tiempo, con el mundo, que la inmemorial habilidad de sus dedos es una manifestación de lo sagrado, que esos movimientos tienen algo de arácnido, de inconmovible y que no prevén el desconsuelo cuando urden los destinos. Querría decirle que mientras una hila, otra devana y la última corta la hebra de la vida de los hombres.

Las moscas

Thomas Kilchberg, en su estudio sobre los lagrimorios romanos y bizantinos (Dublín, 1908), nos da noticias de las materias más valiosas para los antiguos, junto con sus fuentes: oro de Asia Menor y plata de Ática (Draconcio, *Hexamerón*); lapislázuli de Persia (Ausonio, *Cento Nuptialis*); marfil, lino y huevos de avestruz de Egipto (Comodiano de Gaza, *Carmen apologeticum*); cerámica fina de Corinto (Plutarco, *Apotegmas de los Laconianos*). Y aunque entre los datos exhumados aparece la pintoresca opinión de Plinio al respecto (las ostras de vivero del lago Lucrino), Kilchberg cita también, de forma tangencial, una teoría fascinante. En distintos pasajes del *Hortulus*, atribuido al benedictino Basilio de Quimara, se califica a las moscas como fenómenos de valor inestimable. Según Basilio, las moscas no son sino los pensamientos malignos e insultantes que las personas se dirigen unas a otras. Resulta manifiesto el interés de esta hipótesis desde el momento en que las sabemos creadas de la nada, materializadas a partir de la mecánica invisible de nuestra mente. Que de ordinario se haya asimilado las moscas con conceptos como reproducción, calor y carroña nos parece ahora, a la luz de esta vigorosa teoría, una relación poco menos que arbitraria. Uno puede imaginar perfectamente los pensamientos maléficos saliendo de las cabezas, como a golpes de hisopo, y revolotear alrededor mientras las ofensas, las denigraciones, el rencor y los deseos de muerte zumban en silencio, oscuros, veloces, molestos, persistentes como las moscas.

EL DEMONIO DE BENGALA

EL CIRCO LLEGÓ A LA CIUDAD. Era domingo. Vi a un niño, con ropita nueva y un copo de azúcar hilado, correr solo entre el alboroto y los entoldados hacia la jaula de las Fieras. Sentí una cierta inquietud. Pecoso, de cara redonda, sus ojos ardían en busca de maravillas. Demasiado inocente para juzgar. Para reconocer el pelaje rayado del terror. Para saber que no debía aferrar los barrotes con sus dedos pequeños y rosados. Para saber que nadie puede quebrantar la voluntad de la Bestia. Sus únicos e indelebles vínculos. Calor, frío, sed, hambre. Hambre. Todo sería igual aunque el estremecimiento del hambre no abrasara mis vísceras, no dilatara de amarillo mineral mis ojos, no hiciera restallar mi lengua, no erizara de rugidos mis rojas fauces. Era domingo. Cielo azul. La paja de la jaula susurraba bajo mis patas. El niño de cara redonda me sonreía dócilmente. Sonreía a la Bestia, al Demonio de Bengala tan temido en remotas regiones, sonreía al limpio y casi invisible floreo de mi zarpazo.

Diadema en tu cabello

Hay quien afirma que tu única vestidura es tu pelo, tu cabellera cuidadosamente cepillada y peinada y ungida con perfume, tu largo pelo negro que refulge y se ciñe como un manto real al blanco de tus huesos.

ESCENAS DE BURDEL

A Gregorio Morales

ACOMPAÑÉ AL PEQUEÑO TADEO AL BURDEL. Como siempre, fui yo quien pagó lo estipulado a *Madame* Fang. Las hembras, de raza y condición variadas, se alineaban frente a los cubículos. Tras una somera inspección, sensible a las feromonas, Tadeo respondió con premura a los estímulos que éstas pregonaban. Y mientras encendía un cigarrillo tras otro para zafarme de los untuosos efluvios del local —orines y desinfectante cáustico— contemplaba admirado, desde el pasamanos, el ardor de sus fornicaciones: Tadeo saltaba sobre cuerpos minúsculos y de gran talla, pasivos e indóciles, peludos y lampiños, vulgares y de alcurnia; atacaba por el flanco a cuerpos escurridizos y agrestes; se destrababa de extremidades manchadas, de lomos rectos y arqueados; se relamía con los despojos de las convenciones sociales. Pasaron las horas. Por fin Tadeo vino a mi encuentro, instintivamente tonificado. Esbocé una sonrisa al verlo caminar delante, tan ufano, con esos vivos molinetes que acostumbraba a hacer con el rabo a la salida del burdel canino.

Mi sombra

Puede parecer inaudito pero, desde ayer, carezco de sombra. El origen de esta desgracia no es el mismo que el de Peter Schlemilh, los muertos del Purgatorio de Dante o los resucitados en Grecia; se debe, sencillamente, a la hambruna. ¿Cómo privarse, en esta época de arcones vacíos y hazas resecas, de un manjar tan exquisito? ¿Cómo pararse a medir las consecuencias cuando tenemos a nuestro alcance esa ligerísima y alargada oblea de pan oscuro, ese fresco sorbete viviente, esa bandeja móvil de huevas de esturión?

Ahora que mi sombra ya me ha procurado un festín y que el hambre vuelve, fijo la atención en un inadvertido alimento con el aspecto más jugoso y nutritivo que quepa imaginarse.

Mi carne me espera.

Cuadrimensional

Me llamo Gluck y puedo llevarme el contenido de un huevo sin romper la cáscara. Soy esfera, siroco magnético, reptil placentario. Soy un fractal que evoluciona hacia su estado crítico. A menudo pienso en la vanidad de las cosas de este mundo. Y en el rocío de las barbas de los chivos. Y en torrenciales cascadas de poliedros. Y aunque de ordinario me encuentro en posición supina, hoy subiré sobre mis propios hombros.

EL GIGANTE

DE HITO EN HITO EL GIGANTE, acometido de sueño y torpor súbitos, baja de las montañas en dos zancadas y se echa a dormir pesadamente sobre los pueblos parduscos de la dehesa. La cabeza de esta mole montaraz se posa entonces sobre Alcaudique. La espalda sobre Agicampe, Túrcal y Membrillar. Las piernas sobre Milanos y Tajarilla. Los brazos sobre Gibrapulpo y Retamales de Plines. A esta particular circunstancia sus habitantes la llaman noche.

BUENOS PROPÓSITOS

A Juan Ramos

ESCASEAN LOS LECTORES. Consecuentemente, les ofrezco grandes sumas de dinero a cambio de una lectura —siquiera superficial— de mis obras. Todos, ingratos, declinan la invitación. En general con amabilidad. Algunos con ultrajante desprecio. Sin embargo, desde que los secuestro uno por uno y apunto a sus sienes con una pistola alquilada, los lectores, postrados en mi cuarto al pie del zigurat de libros, muestran una sorprendente comunión con las páginas que escribí y una variada vida emocional: tiemblan con mis versos, sudan con mis intrigas, lloran con mis dramas, odian con mis libelos; en su ensimismamiento, abrumados por la excitabilidad que presta el arte, se conmueven con mis personajes, se arrastran con el vértigo de mis tramas, suplican por demorarse en el placer de mis descripciones, se consumen en el flamear de mis metáforas, son succionados por la destreza y persuasión de la voz narradora, se horrorizan con la audacia de mis giros argumentales y se derrumban también en ocasiones, acaso desconcertados por la humanidad de mis propuestas.

Modestos aquelarres

Los cuerpos cuelgan boca abajo de afilados ganchos, de rieles que los arrastran con eficacia a través de pasillos laberínticos, donde muñones y vísceras aún palpitantes gotean y salpican cabos de sangre oscura, sujetos a un orden mecánico, persecutorio, a la uniformidad de toda carne destripada y desollada, esperando en lo posible ser hendidos hábilmente por el cuchillo de la Mentira, convertidos pronto en despojos indistinguibles, cuarteados sobre los lebrillos de la sala de despiece del Remordimiento, en el hedor del matadero de la Culpa.

Avatar

Mi más viejo amigo estaba harto de ser, invariablemente, él mismo. No se toleraba por más tiempo. Juzgaba con desprecio su envoltura. Le abrumaba su propia identidad, la servil insistencia de la criatura que era él, las podredumbres de su rutina, de sus gestos, de sus manías, la ingrata eternidad de su presencia. Y en su atrevimiento mencionó incluso, con expresivos ademanes, la idea de la sublevación, del suicidio. Yo lo comprendía, y compartía en gran medida esas sensaciones. Ahora bien, me abstuve naturalmente de decirle que los últimos teólogos hindúes habían calculado la existencia de ocho millones cuatrocientas mil formas que deberemos adoptar, cada uno, en la rueda de la necesidad antes de retornar al divino manantial.

Claroscuros

Discutió con su mujer y huyó al cine.

El acomodador lo miró un instante y él se concentró en la pantalla.

Reconoció con estupor a su mujer en una de las escenas y la vio desnuda, apoyada sobre las manos y las rodillas, mientras un desconocido la azotaba con una lengua de buey.

Se sobrepuso al pasmo y al dolor de contemplarla gozando en la distancia, lejos de sus brazos, poseída prepostéricamente, estremeciéndose en un largo plano secuencia, y salió a la calle despechado, desasistido, relegado.

Se percató de la pistola que alguien había puesto en su bolsillo —el acomodador, dedujo— y corrió a su casa como una pura oleada de energía que se resistiera al ultraje, que abriera de un puntapié la puerta, que derribara los filodendros, que fuera toda una con la pistola, que reventara el tórax del amante.

Su mujer gritó justo antes de que, a espaldas de ambos, un estruendo ahogara el grito, un matraqueo, un clamor largo tiempo reprimido, y él se volvió y descubrió al público en sus butacas que aplaudía con entusiasmo, como solía hacerlo en el pasado al final de una película absorbente.

La planicie

Uno de mis brazos se deslizó durante la noche fuera de la cama. ¿Puede nadie recriminarme que pensara —al sentir inesperadamente contra mi mano un leve roce— que estaban allí, agazapados bajo los muelles y contra el suelo, en un hormigueo multitudinario e inextinguible, en un enviscamiento pavoroso, todos los humanos que alguna vez pisaron la Tierra?

Un *mélange* mitológico

Brama se enamoró deshonestamente de la joven Tilottama. Zeus raptó a Europa convertido eventualmente en toro y engañó a Leda, Ganímedes y Dánae transformándose, respectivamente, en cisne, águila y lluvia de oro. Shiva cometió adulterio titánicamente con más de dos mil ermitañas. Ixión satisfizo considerablemente su deseo con Néfele, nube creada por Zeus a semejanza de su esposa Hera. Prajapati le hizo el amor premeditadamente a su propia hija. Bóreas se enamoró de un grupo de yeguas jóvenes y se mudó en caballo para poder montarlas óptimamente. El Dios del viento fornicó jovialmente con una mona… ¿por qué entonces ha de abstenerse un escritor inexperto de yacer a voluntad con los adverbios acabados en mente?

Conjugación

Yo grité. Tú torturabas. Él reía. Nosotros moriremos. Vosotros envejeceréis. Ellos olvidarán.

CONVENCIMIENTO

A ESO DE LA MEDIANOCHE mi corazón dejó de pertenecerte. La fatalidad propicia que siga enamorada de ti, pero ya no soy tuya. He conocido a otro, a otros. Y en el doloroso vacío de mi interior me siento escindida, a la deriva. Debes saber que tampoco eres ahora el dueño de mis ojos, riñones, hígado o intestinos. Ni siquiera yo lo soy. A decir verdad, inexplicablemente, le he perdido la pista a la mayoría de mis órganos internos.

Enantiodromia

A Andrés Gil

Una insólita epidemia se propaga por nuestra pequeña ciudad. Como si alguien hubiese derramado sobre ella capas y capas de pasado, todos asumimos con perfecta naturalidad papeles milenarios, identidades que saltan a través de los osarios del mundo y se encarnan en cada vecino, dispuestas a pervivir. Se trata de una sugestión creciente y tan real que nos vemos unos a otros con ojos prestados de remotísimas centurias. La mercera, por ejemplo, es una de las prostitutas sagradas de Tanit, divinidad de Cartago. El pediatra porta la inequívoca corona del rey Sijón de los cananeos. Los dos grupos políticos rivales reproducen las luchas entre güelfos y gibelinos. El cartero hace las entregas con una trompa de postillón a la cintura y la correspondencia tiene lacres, lazos y bordes ligulados. El mejor mecánico de la ciudad está fundiendo oro para el círculo de cinco falos votivos que los filisteos de Geth, Azoth y Escalón van a ofrecer a sus dioses. La farmacéutica prepara al anochecer pócimas de Artemisa para ahuyentar a los demonios. El malhumorado director del banco es uno de los fieros guerreros nubios de Ramsés II que lucharon contra los hititas en la batalla de Kadesh. El viejo alcalde, al cual se le extirpó el aparato fonador, ha recuperado la voz y, con ese aire patricio recién adquirido, repite sin cesar que Venus nada vale si no la acompañan Ceres y Baco. El ladrón que, huyendo por los tejados, queda suspendido entre el cielo y la tierra es Absalón con los cabellos enredados en cables telefónicos. A mí, no obstante, me mortifica un poco no ser más que esa víctima anónima, desmembrada por yeguas salvajes en la orgía

anual en honor de Hércules-Melkart y de la diosa Ishtar.

INTERCAMBIO

NOS DIMOS LA MANO impulsivamente. La suya —un objeto mustio y de tacto desagradable— apenas latía cuando, de regreso, casi al anochecer, corrí a guardarla en la fresquera.

El emperador ermitaño

El emperador Xiao de la casa de Qin soñó que abandonaba la corte, se retiraba a una choza en lo más profundo del bosque de Lujiang y llevaba a partir de entonces una sencilla vida de ermitaño, practicando únicamente la mesura de sentimientos y la contemplación de bellezas naturales. Durante décadas, sin noticias de los asuntos del mundo, remendó su ropa, cosechó rocío, escribió poemas, habló con la luna y los insectos y labró una oración de agradecimiento en la corteza de los árboles: «Del mismo modo que el hielo se deshace en agua con el calor, aquí me volví ciego y sordo a la vanidad de las cosas con el abrazo de la simplicidad, aquí quedé indemne del desasosiego que le es propio a la compañía de los hombres». Y cuando al emperador ermitaño Xiao le llegó el momento de bajar a las Fuentes Amarillas, donde moran los espíritus de los muertos, despertó y comprobó con perplejidad y añoranza que no podía ver, ni oír.

Los peligros de la ambición

Nils Honaffos —escritor en ciernes, y enaltecido por las bellas letras hasta el extremo de jurar que un día habría de encuadernar sus obras con su propia piel— decidió convocar a los espíritus de los grandes maestros antiguos de la poesía noruega para que éstos le dieran a beber, secretamente, el elixir de la inmortalidad literaria. Así pues, Nils enterró un sapo junto a un acebo solitario a medianoche y caminó en círculo alrededor del árbol hasta la salida del sol. Con los primeros rayos, emergiendo de entre las cegadoras estelas vítreas de una nube a ras de tierra, se materializaron los grandes poetas con sus barbas de yak y sus impresionantes ropajes de rigor. Tiódolf de Hvin, Tóbiorn el Cuervo y Eyvind Roba-Escaldos entregaron al escritor en ciernes el odre antiquísimo que rezumaba elixir de la inmortalidad literaria. Nils Honaffos bebió el contenido con un largo y fervoroso sorbo y murió en el acto: era tinta; oscura, humilde y ponzoñosa tinta.

Hábitat

A las doce y veinte de un sábado soleado de octubre, contra un rincón de la cocina de su vivienda en un pueblecito cercano a la industriosa capital de la provincia, el hombre golpea a la mujer que castigará al hijo que dará una patada al perro que morderá al gato que perseguirá al ratón que abatirá a la cucaracha que atrapará al gusano que devorará al hombre.

Sortes biblicae

A Fernando de Villena

El libro me ha acompañado siempre.

El día que, muertos literalmente de sed, culminamos la ascensión de aquella árida montaña, abrí la Biblia al azar y leí «La roca de Horeb» (Éxodo, 17).

El día que me sometí a los difíciles exámenes que dictaminarían una vida de desahucio o de molicie, abrí la Biblia al azar y leí «Oración de Mardoqueo» (Esther, 13).

El día que operaban a vida o muerte a mi padre, abrí la Biblia al azar y leí «Circuncisión del corazón» (Jeremías, 11).

El día que, desesperados por la falta de descendencia, decidimos adoptar un hijo, abrí la Biblia al azar y leí «Exhortación a la perseverancia» (Tesalonicenses II, 2).

El día que, en una casa de recreo, intenté llevar la amistad con una joven estudiante de piano hasta su culminación natural, abrí la Biblia al azar y leí «Prestancia y gozo de la esposa» (Cantar de los Cantares, 7).

El día que, conduciendo a toda velocidad, arremetí contra un árbol, había abierto la Biblia al azar y leído «Derrota y muerte de Absalón» (Samuel, 18).

El día que recobré la conciencia en el hospital entre adelfas y compases de un *lied* de Haydn, abrí la Biblia al azar y leí: «Agonía en Getsemaní» (San Lucas, 22).

El día que, contra pronóstico, supe del sabor a almendras amargas de la muerte y condujeron mi cuerpo al cementerio, creí abrir la Biblia al azar y leer «La tumba vacía» (San Juan, 20).

CUANDO LA TIERRA SE CONVIERTA EN UNA TARDE DE DOMINGO EN LOS SUBURBIOS

VIENE HACIA MÍ, DESDE EL FINAL de la calle, un hombre altísimo, muy delgado, amedrentador, calvo hasta la mitad posterior de la cabeza, con gafas de gruesa montura negra y, a la espalda, una mochila, una mochilita exasperadamente diminuta. El hombre —evadido sin duda de uno de nuestros muchos establecimientos correccionales— se mueve con un ritmo manso, bovino, y su figura tiene vislumbres de estulticia y degradación. ¿Puede nadie reprocharme que piense en él como en el último hombre vivo caminando por esta inmensa ciudad vacía, bajo el cielo arrasado?

Suicida

Se disparó en la cabeza. Apuró el veneno. Se colgó de una viga. Desbarrancó el auto. Se arrojó al paso del tren. Insistió en vano por todos los medios. Los demás fantasmas, mientras tanto, se burlaban de él: aún no sabía que la desesperación conviene bebería a pequeños y lentos —muy lentos— sorbos.

POSIBLES ENORMIDADES LATENTES

LA ENFERMERA GRITA MI NOMBRE. Transfigurado de nerviosismo, levanto los ojos de la revista, lanzo lejos los restos del último cigarrillo y la sigo a grandes saltos. «Es un niño», me predispone. Incrédulo aún, y con gran alivio, pienso que las malas noches, las crispaciones, el sufrimiento, los estertores y el gorgoteo subcutáneo han acabado para siempre. Miro a la criatura tras el cristal. Además de la capacidad de parpadear de abajo arriba, posee otras cualidades suplementarias que la delatan: cierto fenómeno luminoso en la piel y esos palpos sensores de la frente que se retuercen en el aire. Es la viva imagen de su madre.

Cerco a la Bella Durmiente

A Pedro Cabrera

El príncipe se inclina sobre el lecho adornado con flores y besa a la Bella Durmiente, pero la princesa no se despierta. Es posible que a) tenga el sueño muy, muy pesado; b) no sea la auténtica Bella Durmiente; c) él sea un impostor de mirada tierna en horas bajas, incapaz ya de despertar a una doncella tras otra; d) advertida por sus lecturas de cuentos populares, la Bella Durmiente se niegue a entregarse al primer príncipe que la roce con los labios; e) el huso que pinchó su dedo estuviese emponzoñado a conciencia; f) el príncipe no haya besado a la princesa en el punto propicio acordado por la tradición; g) la Bella Durmiente, dada su aristocrática condición, considere procaz e indigna la actitud del príncipe al no haber sido debidamente presentados; h) simule estar dormida al entrever el horrible aspecto del príncipe; i) la princesa, de naturaleza escasamente virtuosa, necesite algo más que un simple y casto beso para ser despertada; j) el hada benévola intente así evitarles la crueldad de vivir juntos hasta la muerte, y k) cuando el príncipe acertó a pasar cerca del palacio encantado y atravesó el espinoso seto de escaramujos, no habían transcurrido aún los cien años prescritos ni llegado, por tanto, el día en que la Bella Durmiente tenía que despertar, lo que obligará al torpe príncipe a esperar aquí dos, quince, treinta y ocho años más.

El ángel

Dispuesto a ahorcarme, até unas tiras de sábana a los barrotes y anudé el otro extremo en torno a mi cuello de convicto reincidente. «No servirá de nada», dijo una voz. Había decidido acabar con todo, soledad, goteo del tiempo, celdas de castigo, vueltas ciegas al patio, relectura de cada libro de la biblioteca de la cárcel. «Le digo que no servirá de nada —resopló el ángel—, aún no ha llegado la hora de recoger el conjunto de tus ruinas». Su aspecto reglamentario, como bañado en talco, y la autoridad de aquel fanal luminoso en mitad de la noche sugerían que podía no ser parte de mi instante de locura. Lo dejé hablar. En un tono de superioridad amistosa, me instruyó en el bien y el mal, aclaró que no esperaba recompensa alguna por todos sus desvelos para conmigo y me reveló, incluso, la jerarquía de la Organización (nueve órdenes de tres tríadas cada una: serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles). Lo que me persuadió finalmente de no consumar el suicidio no fue, sin embargo, su familiaridad con mis intimidades, con mi vida de crimen y desórdenes, sino la visión de sus alas un poco maltrechas, desflecadas, y en su cuerpo las cicatrices de antiguas luchas.

El último lector

Recuerdo aquella escena con pavor: el condenado, pálido y tembloroso, dentro de la jaula que pendía de una rama; la oración repetitiva de las bisbiseadoras de rosarios; el público vociferante —«¡es él, es él!»—, como hienas debajo de un árbol, lanzando los brazos a través de los barrotes para anticipar la ejecución de ese pobre ser al que habían sorprendido leyendo un libro. Así lo vi. A qué extremos de precariedad y degradación —pensé mientras contemplaba el ajusticiamiento— puede llegar un mundo despojado de hábitos civilizados. Aún noto ahora el corazón como un acerico atravesado por alfileres, oculto en esta gruta de las montañas, en compañía de mi desamparo, de mi perecedero poder de último lector vivo.

Los trabajos del carnicero

A partir de un trozo de madera y de un segmento cónico de metal, alguien me ha fabricado. Y al pulirme y adiestrarme en muchos y muy variados usos, quizá ha insuflado de vida mi propia materia, refractaria por lo común a los procesos mentales. No conozco a mi creador. Hace tiempo que dilucido si el lugar en el que permanezco clavado hasta el mango, en el centro mismo de un cuerpo blando y nutritivo, pertenece al ser que me dio la vida. De algún modo busco la constatación en esas dos esferas cristalinas que, desde su extremidad superior, me miran despavoridas.

CONTRAPESO

EL SUEÑO SE VOLVIÓ PESADO, ATURDIDOR. Había algo en sus imágenes que revelaba mi asistencia a una escena peligrosa o quizá infernal. Huía como si anduviera bajo el agua sobre enviscados bancos de arena y, en el límite del esfuerzo humano, arrancara al mismo tiempo chispas del pedernal del suelo con mi lento avance. Una sombra, un peso sin parangón, crecían a mi espalda. Y aunque comenzaba a sudar y a jadear, sabía que nada de eso me concernía realmente y que, en última instancia, el efecto de aquel sueño sobre mis sentidos sería poco duradero. Pero después, al despertarme, me vi atado a una cuerda que entraba por el ojo de una enorme muela redonda de piedra, como de molino, cuyo volumen ocupaba casi por completo el espacio libre del dormitorio.

Los dientes del tiempo

¿Quién eres, dolor?

Todos los domingos por la tarde una presión brutal, dominadora, invasiva, sobreviene de golpe sobre mis hombros y me postra hasta la mañana siguiente, en que ese peso infinito se retira dejándome la espalda anestesiada. Es como el doble bocado de un escualo, como las punzadas de un tridente que puentean y socavan de una clavícula a otra. He consultado a especialistas y quiroprácticos: nada hay anómalo en la circulación, en los nervios, huesos y músculos intactos, ningún indicio microscópico, ni una sola señal azulina visible en la piel.

El dolor persiste. Esta tarde de domingo, tras dejar caer el periódico al suelo, me obliga a gemir, a apretar los ojos como si mordiera una barra de hierro con los párpados, pero cuando los abro comprendo finalmente su causa mientras soy paseado bajo el yugo junto a los demás prisioneros romanos por la Vía Apia.

Nudos

A Marisol Fernández

MOSTRÓ DESDE NIÑA UNA INAUDITA y alarmante habilidad para anudar cuerdas de múltiples modos:

Salvó mi vida en aquella aciaga excursión campestre con un nudo de cirujano.

Selló nuestro compromiso con un complicado nudo de marinero entre mi corbata y sus medias.

Subía muy temprano las persianas de la casa y las sujetaba arriba con nudos de alpinista.

Me obligaba a amarla entrelazando nuestros cuerpos como en un nudo de acróbata.

Nuestra hija iba siempre al colegio con nudos de cestero adornándole el cabello.

Llevaba la cuenta de mis faltas al trabajo con nudos de ensartadora de collares.

Cuando nuestro pequinés la mordió mientras jugaba lo despachó con nudos de embalador.

Me amenazó con un nudo de afinador de pianos si no ascendía pronto en la empresa.

Y todo el mundo sabe que, al descubrir mi infidelidad, me aplicó con su destreza natural un inmisericorde nudo de verdugo.

Persistencia

Aún te deseo, denodadamente deseo volver a trepar a tu carne en carne viva, varar en tus oquedades, rozar tus huesos como yemas de prietos tallos, te deseo con rumor de rebosadero, comensal de tu piel de lava, de tu aster silvestre, aún me atormenta a zarpazos el deseo, bocana de mi puerto, te deseo aún, vivamente, desde las cenizas de esta urna.

PUERTA DE LA MULTITUD DE MARAVILLAS

SIETE DE LA MAÑANA. Ficho al llegar a la oficina. Me siento rutinariamente ante la mesa. Hoy la monótona jornada de trabajo comienza con el maleficio de un encantador. La niña de cabellos dorados que ha sido convertida en sapo se oculta en el tronco hueco de un árbol de Júpiter: lleva la Gema de la Fortuna —que todos buscan— empotrada en la cabeza. Sólo un diente de comadreja Cara de Hombre cazada durante un eclipse de luna puede salvarla, pero la comadreja Cara de Hombre vive en el bosque donde corretean los centauros, más allá de la Ciudad de Plata. (Media hora de descanso; sándwich vegetal, una cerveza y dos cigarrillos). Parto, pues, no sin antes esconder varias ramitas de estragón dentro de los borceguíes para dar fuerza y ligereza a mis pasos. Como una semilla llevada por el viento, atravieso las Montañas Medrosas, me bato contra hormigas gigantes de color índigo, curo mis heridas con polvos de raíz de campanilla, penetro en la Ciudad de Plata a través de un invisible resquicio en las murallas ayudado por el mágico capirote de sombra que cubre siempre mi cabeza, bebo el agua donde los herreros enfrían sus instrumentos para no olvidar el objeto de mi misión, a lomos de un escarabajo violín cuyos servicios he alquilado vuelo hasta la linde del Bosque de los Centauros, y cuando el escarabajo me advierte que quienes intentan adentrarse en esa espesura pierden el juicio son ya las tres de la tarde. Ficho de nuevo, abandono la oficina, subo al autobús y regreso a casa rutinariamente.

El purgatorio

En la última página de su última obra, el autor escribió la palabra «Fin». Los empleados de la funeraria —que mostraban ya una cortés impaciencia— pudieron entonces asegurar la tapa del ataúd.

BRAMADOR DE VIENTO

A Ángeles Prieto Barba

FUI EL PRIMER RECLUSO DE ESTA PRISIÓN en mitad del desierto y seré el último en abandonarla. Y no por causa de una ley o un gobernador inconmovibles, sino incitado por el amor. En esta silenciosa eternidad no lo hallé en las caravanas de bereberes que pernoctaron bajo mi ventanuco en el muro (viajeros, marfil, sal, oro), ni en los halcones que nos sobrevolaron ocasionalmente (símbolo del alma exiliada entre los cuervos), sino en las arenas cantoras, en las colinas y dunas resonantes que mientras avanzan parecen susurrar, rugir, silbar y chillar. Espejando en la distancia, sus sordos retumbos traducían los repliegues de mi corazón y sus ráfagas sinuosas, con la consistencia y la vivacidad de la espuma, aliviaban mi condena. De pronto estaba vivo. Y en las tardes fugitivas y en las largas noches yo respondía. Y las arenas borraban mi desconsuelo con su canto sibilante y mineral. Y en nuestro secreto diálogo hecho de promesas de amor, de confidencias, de súplicas y reproches, persistía la frescura de los bosques que una vez cubrieron este lugar y también una especie de reprimido júbilo, como el abrazo de los amantes largo tiempo separados.

La expectativa

Boran fue condenado a cadena perpetua. Pasaron los años. Murieron los guardianes y los sustitutos de los guardianes. Se extinguió la especie humana. Los barrotes de acero se deshicieron con la erosión continuada e implacable del aire. Entonces Boran escapó. «Sólo era cuestión de tiempo», se dijo.

De las limitaciones

Aquellos hombres y mujeres eran honestos, corteses, de una excepcional generosidad, de fina inteligencia y literalmente transparentes. Sus órganos —porciones rosa y perla y burdeos— palpitaban a plena luz bajo la finísima membrana de piel, parecían levitar entre los caramillos de fauno de los huesos, mecerse entre los apretados ramos de azucenas rojas de los músculos. La contemplación natural de ese mundo linfático y la carencia de superficie visible, de incógnitas, de vestimentas, de insignias, igualaban a todos. Resultaba muy difícil distinguir las edades, los rangos y aun los géneros, lo cual los desinteresaba de cualquier disputa o aflicción. Los asuntos se departían con ecuanimidad, sin polémicas, y la vida se desenvolvía en un sedante equilibrio. Unicamente podía hallarse algún distintivo en el color y la forma del pelo. Cuando unas pocas mujeres se complacieron en adornarlo con luciérnagas, y paseaban como luminosos peces abisales entre los hombres, comenzaron éstos a disputarse su abrazo.

Aquellos hombres y mujeres eran sólo una de las setecientas setenta generaciones de las que no ha quedado el menor rastro sobre la Tierra.

El futuro pertenece a nuestro alumnado

A Juan Luis Rodríguez

La fortuna de las frases hechas se debe, creo yo, a que nadie tiene la suficiente paciencia para comprobar su grado de verosimilitud. Ayer, sin ir más lejos, los problemas de cálculo de la tarea escolar amenazaban con retrasar mi cita vespertina con los amigos. Había oído en clase que dos cabezas piensan más que una, así que antes de cenar subí la cabeza de mi padre a la habitación de estudio y, poco después, la de mi madre. Las situé una junto a otra, sobre los cuadernos del escritorio, y acerqué incluso la mía para potenciar el efecto. Aquello no ayudó de ningún modo a encontrar la solución de los problemas. Sí me obligó, en cambio, a multiplicarme en busca de este abanico con mango de madera para espantar a las moscas que se sumaban y sumaban.

Mutaciones

En la vida de cada persona, no importa la edad ni la condición, llega ese momento ingrato, no por inesperado menos atroz, en que el cuerpo renuncia voluntariamente a leer el periódico, nadar entre los corales, conocer otros cuerpos, sentarse al volante o pasear, en que se niega a obedecer órdenes y estímulos, se resiste por igual a las contracciones del píloro y a los espasmos del pensamiento, decrece, se colapsa, se viene al suelo, se desvaina por así decirlo, se encamina sin indulgencia alguna, enmagrecido, hacia un estado de ingravidez, de meliflua evanescencia, de transustanciación, donde embreado con sombra y olvido se reduce, deliberadamente, a polvo.

Insomnio

Al sentarse a la mesa, mi mujer rozó fugazmente su brazo contra el mío.

Su piel tenía esa rara frialdad de los que son visitados de noche por los íncubos.

AMANTE EMPERDERNIDA

ELLA DICE QUE ME AMA. No obstante, al menor descuido, sin que medie persuasión alguna, me mira codiciosamente, atrapa mi cuerpo al vuelo, lo toma de cualquier modo —me desvelo por conservarlo impecable—, efectúa unas caricias instintivas, casi mecánicas, y abrasa mi piel ignorando el malestar de los sentimientos violentados. ¿Dónde está su lealtad? Por momentos, uno tiene al otro dentro de él. De acuerdo con su humor, persevera en movimientos más o menos gratificantes. Lo nuestro es algo antinatural, impropio de un amor a primera vista. Ella es mi demiurgo. Yo soy su alimento, su árbol del pan, su emético. Ella me mordisquea veleidosa, me lame, me sorbe, me liba, me inhala, me desgozna, me rumia, me regurgita y, una vez perfectamente consumido, me arroja al suelo antes de pisotear con desprecio mis restos carbonizados, cenicientos.

Escritura secreta

Esperábamos un ataque y, pese a su inminencia, no lograba descifrar aquel mensaje interceptado al enemigo. Leí anagramáticamente, invirtiendo frases, palabras y letras, probé todas las combinaciones posibles, consulté todos los manuales vigentes, me remonté a la *Cryptographia* de Selenius y a la *Steganographia* de Joachim Trithemius. El tiempo se acababa. Mi corazón se negaba a latir más deprisa y el mensaje se resistía a mi pericia. Finalmente, entre las páginas de otro texto medieval de escritura secreta, *De Augmentis Scientarum*, hallé la clave. Corrí a cotejarla con las líneas del mensaje y atrapé por fin el enigma. Decía así: «El amor de mi esposa se ha mellado con el tiempo. Las vidas acaban desacomodándose, un día no se presta atención a ese luminoso pasador azul en su cabello, se menosprecian unos arreglos, unos detalles rústicos que harían la casa más confortable, se consienten los silencios, las mentiras, la costumbre, y de pronto una sombra azarosa cae sobre ambos como flor de adormidera, provocando el sueño, el envenenamiento, la muerte. Ya no es posible la reconciliación. Es tarde para aquellas complicidades, para la tibieza de su cuerpo, para los juegos de luz y sombra en el vello de sus brazos, para los buenos días musitados al oído».

El prójimo

No cabe la menor duda: la relación con mi prójimo es excelente y, en estos momentos, apreciablemente indestructible. Tiempo atrás habíamos unido nuestros pasos en algún lugar y enseguida, sin necesidad de persuadirlo, me incitó a que caminase delante de él. La incómoda noción de vecindad se resolvió en un pacto sin discordancias. Incluso me unció el cuello con un yugo sólido, de calidad. Desde entonces, es cierto, soy algo más proclive a las mataduras de las cuerdas en mis muñecas y al efecto de los zapatos claveteados de mi prójimo. No faltaba tampoco la ocasión en que, al menor signo de desacato o indolencia, recibía sus latigazos. Yo lo comprendía a la perfección. Y quizá lo alentaba.

Crimen perfecto

Un envanecido crítico literario aparece muerto en su despacho cerrado por dentro, sentado a la mesa y con un cuchillo en la espalda. Se había ocultado allí días antes y ordenó blindar la puerta, enrejar las ventanas, tapiar la chimenea y pintar en las paredes cruces de Caravaca contra el rayo y el aojamiento. No sirvió de nada. La policía, incrédula, no logra identificar a ese criminal evasivo y ubicuo que entra y sale a voluntad de lugares herméticos, aunque sospecha de un escritor —yo mismo— ultrajado por la severidad de los juicios del crítico. Me interrogan, pero pronto se advierte la evidente falta de pruebas. No les he dicho que conozco al culpable, al cual, por otra parte, me une implícitamente una relación de considerable intimidad. No hay la menor duda, la lógica más elemental lo proclama: en efecto, usted, lector, es el asesino, usted apuñala a la víctima cada vez que lee estas líneas.

Doxografía

La mujer que desposé se tiende amorosamente sobre mí. Yo soy la máquina de tortura.

UMBRALES

A Concepción Cantelar

ABRO UNA PUERTA: HAY CIELO, espigas en los calcetines, una cometa, el aroma a madera dulce de un lápiz, canicas, cuadernos rayados, el mercurocromo que no cesa, una pulida piedrecita de playa.

Abro otra: hay renuncias, un despertador, el llanto del niño-jabato, manos sobre un cuerpo desnudo con piel de naranja sanguina, ráfagas de risa, la sirena en la fábrica, el ímpetu entendido como los rápidos de un río, una llamada de teléfono, ilusiones lastimadas.

Abro una más: hay caminos surcados y acatamientos, ritos de despedida, un banco al sol, la cal de las venas, un médico musitando algo en el pasillo blanco, recuerdos como heno quebradizo, temor.

Abro la última puerta: hay oscuridad inmaculadamente blanca.

La condena

Era una mañana de domingo, en plena primavera. Franz Kafka estaba sentado en el dormitorio de su casa, mirando la puerta de la habitación. Se incorporó como si cargara con una gran desdicha. Pálido, agitado, no podía eludir esos presentimientos que aguijoneaban su débil disposición de ánimo. A pesar de todo, se puso el abrigo lánguidamente, tomó su sombrero y, desalentado, cabizbajo, de puntillas, se dirigió como de costumbre hacia la puerta que comunicaba su dormitorio con el Palacio de la Ley.

ORFELINATO DE LAS ESTACIONES

SOY UN HOMBRE ANODINO, rutinario. Vivo en estrecha intimidad con la costumbre, la dulce costumbre. Retraso decisiones comprometedoras, amanso horarios, apacentó ritos y gestos, domeño sobresaltos con mi látigo de tres colas: regularidad, pereza y puntualidad. Por no bajarme del confortable carro de la costumbre, por no ceder a las contrariedades inesperadas, por no variar un ápice mis ordenados hábitos, continúo siendo un hombre inflexiblemente rutinario ahora que he muerto.

Un perro sobre la luna

A Andrés Sopeña

De noche, las luces rojas del aeropuerto centellean en las pistas heladas como lágrimas en una mejilla. Un perro con tres patas permanece completamente inmóvil justo en mitad de la pista central. Volvió al atardecer sin pretensión de cobrar unos tordos abatidos por las hélices, sin interés en corretear, detenerse y husmear, o en buscar entre los escombros de la exigua pradera que rodea el aeropuerto hasta encontrar una rata robusta. El perro, quieto, las orejas levantadas, escudriña el cielo con intensidad. Las luces rojas incendian su pelaje de color arcilla. Ajeno al frío y a la nevazón que se aproxima, el perro espera, mudo y tenso, con los ojos fijos en la noche, las tres patas plantadas en el suelo, como si desafiara premeditadamente a alguien invisible o exigiera una redención, como si retase a la bestia alada, inmensa y atronadora que quizá cercenó su pata.

Nictálope

Acudía a pie al trabajo. Regresaba a pie a mi apartamento. Y al final de cada calle, pasadizo, avenida, parque o escalera, aparecía inexorablemente una mujer, siempre la misma, entallada, de larguísima cabellera, tan delgada y repulsivamente hermosa como una hembra de anofeles. Vencido por aquel celo, predestinado por esa suerte de coacción, me casé con ella. Ahora sólo aparecía al final de mi cuerpo, pulposa, cautivadora, y sus lascivos chasquidos galvanizaban uno a uno mis miembros y les inoculaban concentradas dosis de abnegación, de sometimiento. Con el correr de los días, perdido el apetito, delatado por las ojeras, con el cansancio propio de un ovillo que se deshilvana sin remedio o de un organismo debilitado por la pérdida de sangre, abandoné el trabajo. Ella tenía la facultad de ver en la oscuridad y yo no adivinaba su presencia hasta que era demasiado tarde, entregado a sueños sin sentido que otros confirmarán.

Caballería volante

A José Antonio López Nevot

Perdió el juicio con su gusto descomedido por los libros de caballerías. Enfermó al ejercitarse en pendencias y desafíos imaginarios. Heridas y agravios soñados lo sumieron en altísimas fiebres. El ama llamó al médico, que le prescribió remedios en abundancia y confortativos para la salud y el buen entendimiento. Al cabo de una semana, recobrado el pulso, había olvidado de todo punto los disparates de aquella andante caballería. En cambio, se le llenó la fantasía de otro linaje y de otras aventuras que no le iban en zaga: ahora cabalgaba junto a los penachos multicolores del gallardo Clorhidratín de Tramadol, arremetía con su lanza contra la pesada coraza del Caballero Valiumonte, combatía al gigante Clavulanicón, escuchaba las cuitas de Sulpiride, escudero del arrojado don Diclofenaco de Pharma, suspiraba embelesado por la doncella Floramoxicilina, sufría encantamiento y cautiverio en el castillo del mago Diazepam, y echaba como le convenía sobre su turbio seso hazañas imposibles y empresas temerarias, soberbias ínsulas, contentados amores y los más fabulosos prodigios.

UNA EXCURSIÓN CON UN GRUPO DE ABSOLUTAMENTE NADIE

DESCALZO SOBRE HIERBA NUEVA, a saltos sobre las cuchillas de las rocas, batido por todos los vientos, has atravesado montañas y bosques, valles y glaciares, ríos y fangales; has salvado abismos y riberas negras de ciudades; has evitado gratos oasis deponiendo otras consideraciones, y luego, al llegar por fin a la meta, asendereado, casi roto, comprendes que sólo puedes hacer una cosa: familiarizarte con tu esqueleto que se seca.

La fortaleza

A Claudina Prieto

Ella no me olvidó jamás. Aunque humillé reiteradamente su ternura, ella siempre le descubrió a este acto algún sentido inédito. Aunque los últimos días la rehuí con enojo, ella no se dolió de mi insensibilidad. Aunque me alejé de modo definitivo, ella no permitió la destrucción de los instantes felices del pasado. Aunque —fugitivo y veleidoso— nunca quise volver a encontrarla, ella me retuvo en la posesiva fortificación de su pensamiento, a salvo de la soledad, entre sus más vivos recuerdos. Sé que no me olvidó jamás porque cuando murió, poco tiempo después, me enterraron con ella —inequívocamente, para toda la eternidad— en una de las celdillas de su memoria.

SIMBIOSIS

A Carlos Almira

TRABAJO COMO DEPENDIENTE de la tienda de ultramarinos. Hago reparto pero, sobre todo, repongo sin descanso las mercancías que guardamos en el almacén contiguo. En la mayor parte de los casos, al abrir las puertas del almacén, la penumbra ofrece barriles de aceitunas aliñadas y tambores de arenques, sacos de picón y de sosa cáustica, montañas de azúcar y sémola, cántaros de aceite y damajuanas de vinagre. Lo cierto es que ayer, al ir por azafrán, entendí —ignoro cómo— que la penumbra del almacén contenía un faraón nubio tocado con la corona de la doble cobra, viejas pirámides disolviéndose por efecto de la arena y el viento, feroces guerreros del reino de Kush con los arcos prestos, ungüentarios de pórfido, caballos negros de ojos vaciados, sacrificios humanos en altos túmulos. Esta mañana, muy temprano, corrí por las calles recién regadas y ahora estoy ante el almacén, cuyas puertas abro a pesar mío.

AMANECER PARA LOS CIEGOS NOCTURNOS

ERA UN MUNDO EXTRAÑO A MIS SENTIDOS, oscuro, con las dimensiones de un pozo estrecho y sofocante. No parecía pertenecer a la topografía terrestre.

Sobreviví bebiendo la lluvia de acre olor que fluía de las paredes y goteaba de la única vegetación, semejante a colosales espadañas, encrespadas, untuosas.

No soplaba aire, aunque percibía con frecuencia ecos desconocidos, reverberaciones profundas que creía reconocer.

Apenas podía mover los miembros, ni impulsarme, tampoco respirar: objetivamente, la vida se me escapaba.

En el tiempo que siguió, anhelé una salida, supliqué la revelación de espacios abiertos, mordí a conciencia los tallos que me rodeaban.

Sólo entonces abrió ella el brazo, liberando mi cabeza de su axila, y se dio media vuelta en la cama.

SUBIR ABAJO

A Palma Amorós

UN NIÑO MUY PEQUEÑO aprende hoy a subir solo y erguido las escaleras que llevan a la segunda planta. Siente miedo, pero también un ansia voraz de escalar. Eleva su piernecita derecha hasta el primer peldaño. La izquierda, titubeando, secunda el movimiento. Temeroso aún, amaga ya unos pasos sin apoyar las manos en la pared. La pértiga imaginaria de un equilibrista es su aliada secreta. Se demora en los escalones centrales y después, un poco más ligero, zigzaguea como los cortafuegos que recorren las laderas. Al fin, arriba, abrumado por el vértigo del retorno, lo gana una alegría breve e insólita, y de pronto está bajando, es ya un viejo que se enfrenta al peligro de la escalera con torpeza y agitación, enhebrando cuidadosamente cada paso, como cuando era un niño muy pequeño.



ÁNGEL CABRERA OLGOSO (Cúllar Vega, España, 1961). Estudió Filología Hispánica en la Universidad de Granada. Miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada y de la Amateur Mendicant Society de estudios holmesianos, auditeur del Collège de Pataphysique de París, y fundador y rector del Institutum Pataphysicum Granatensis, donde ha otorgado el rango de Sátrapa Trascendente —entre otros escritores y artistas— a José María Merino y a Umberto Eco.

Está considerado por la crítica especializada como un maestro del cuento, «uno de los autores de referencia del relato breve y fantástico en español», del que se ha resaltado su «capacidad verbal e imaginativa que es una excepción en la literatura que ahora mismo se escribe».

En la encuesta que *El síndrome de Chéjov* realizó a críticos, autores, libreros y editores sobre los libros más destacados de relatos publicados en España entre 2007 y 2012, Ángel Olgoso fue el autor más valorado, junto a Alice Munro y Juan Eduardo Zúñiga.

En 2014 publicó *Ukigumo*, un libro de haikus que permanecía inédito desde 1992 y con el que retoma el género poético que cultivó en sus inicios literarios de los años setenta.

Además ha colaborado con relatos y crítica literaria en revistas

como: *Quimera, Nayagua, Litoral, Clarín, Nuestro Tiempo, Letra Clara, Ficciones, Información*

Wadi-as,

y *Mundo Hispánico*, así como en periódicos como: *Diario de Granada, Ideal, La Opinión de Granada* y *La Vanguardia de Barcelona*.